

## LA MARINA MILITAR ESPAÑOLA.

Examinando con detencion é imparcialidad nuestra presente situacion, veremos, sobre la fratricida lucha que ensangrienta nuestros campos y destruye nuestras fuerzas vitales, la difícil reconstruccion del país por nuestros propios recursos. No son dos tendencias opuestas las que se disputan por la fuerza de las armas la gobernacion del Estado, lo que seria un mal ménos grave que lo actual, pues si en la lucha abierta con el carlismo existiera algo concreto, algo definido, vencido aquel, el país entraria de lleno á cicatrizar sus profundas heridas y á organizarse; pero, desgraciadamente, queda aún el período constitutivo, período en que, dado nuestro meridional carácter y forma de ser, nuevas luchas son de prever para llegar de lo provisional á lo permanente, de lo indefinido á lo definido; y como por doquier que se tienda la vista no se determina una agrupacion política que reuna suficiente suma de vitalidad para imprimir á un Gobierno una marcha definitiva y estable, reducido á volátil polvo cuanto existe, las series evolucionarias porque tendremos que pasar afectarán visiblemente á las demas nacionalidades, para que éstas permanezcan meras espectadoras de nuestras vicisitudes políticas; deduciéndose de este análisis la ingerencia, más ó ménos directa, en mayor ó menor grado, de la Europa en nuestros asuntos interiores.

Las tendencias que, en esta ingerencia, la Europa pueda manifestar, serán siempre la de conservar la paz, sosteniendo el equilibrio europeo. La iniciativa tomada por la Alemania en el reconocimiento de nuestro Gobierno tiende á excitar sospechas en nuestra vecina Francia acerca de la actitud de la primera respecto á nosotros y de las consecuencias que en lo porvenir puede atraerle la marcha que siga la diplomacia alemana en relacion con nuestra definitiva forma de gobierno.

La desmembracion del territorio frances á consecuencia de la última guerra, hiriendo el sentimiento nacional de Francia, y la creciente preponderancia de Alemania, hacen entrever para lo porvenir una nueva lucha. La Europa debe estar prevenida contra la ambiciosa osadía que acompaña siempre á la victoria, y procurar no hacer efectivas las palabras del jefe del Gabinete británico al asegurar la posibilidad de que pudiera

turbarse la paz de Europa; palabras de mayor fuerza al estar confirmadas por el jefe de la oposicion, Gladstone.

Antes de que la paz general pueda romperse, y aunque nuestro poder, debilitado por las sucesivas convulsiones políticas que atravesamos, no sea de gran importancia, no debemos olvidar que poseemos vastas colonias y que nuestras fuerzas militares deben á todo trance sostener la integridad territorial, equilibrando con ellas las de los contendientes, cuando nos sea de útil conveniencia.

Al reconocimiento de nuestro Gobierno seguirá, segun manifiesta la prensa nacional y extranjera, el envio de fuerzas navales, cuya mision se discute; creemos que ésta distará mucho de cruzar en aguas territoriales ejerciendo la policia de nuestros mares y costas, lo que equivaldria á una intervencion armada, que suponemos no seria aceptada por el Gobierno para evitar toda complicacion internacional y porque nuestras fuerzas y recursos para cubrir este importante servicio son más que suficientes, dados los medios con que cuenta el carlismo. No sucederia así, desgraciadamente, desde el momento en que nuestras fuerzas navales se pusieran en contacto con las de las potencias extranjeras, resaltando desde luego su inferioridad. Demostrar al país que su numerosa lista naval no es más que un penoso sueño, es lo que nos impulsa á escribir estas líneas con datos que no dejen duda en el ánimo de nuestros lectores, á fin de que, si llegase el momento de operar, no se desencadene la opinion pública, exigiendo á la marina militar servicios, que ésta, dadas sus condiciones actuales, no puede prestar.

Las trasformaciones porque sucesivamente va pasando con gran rapidez el material marítimo en su aplicacion á la guerra, condensando en sí todos los progresos humanos, hacen este ramo del elemento militar de una nacion, de tal importancia que para conservarse á la altura debida y prestar un servicio efectivo, es necesario la inversion de grandes sumas destinadas á este objeto. Nuestra marina militar siguió siempre con algun atraso relativo á las de las potencias marítimas más adelantadas; buques constuidos en los arsenales nacionales y extranjeros seguian el impulso dado en Francia é Inglaterra á tan importante ramo. Los atrasos financieros de los últimos años del reinado de doña Isabel de Borbon y los

mayores aún del período revolucionario que atravesamos, han colocado á la marina en un estado de atraso y de insuficiencia marcadísimo. Sostener, como lo hacemos, un material gastado é inaplicable para su objeto, no es comprensible más que en un país que se encuentre en el desdichado estado que el nuestro.

La primera condicion que exige hoy el arte de la guerra es la velocidad, que multiplicando las fuerzas, las dispone del modo más conveniente para su manejo, deduciendo de la posición la superioridad sobre el enemigo, sea para operar un movimiento envolvente, sea para rehusar un combate, sin temor á ser alcanzado, cuando las fuerzas contrarias son superiores, sea para las comunicaciones efectuadas para socorrer las diferentes agrupaciones estacionadas á lo largo del litoral ó sobre localidades determinadas; así es que el movimiento táctico de las escuadras para combate requiere en los buques que las han de formar, un minimum de velocidad de 10 millas, siendo ésta tanto más necesaria, cuanto que los buques blindados tienen sus proas dispuestas para el choque, y éste será tanto más destructor, cuanto mayor sea la velocidad que entra siempre en la fórmula determinante del efecto elevada al cuadrado. Sentado este principio, añalicemos nuestro material marítimo, prescindiendo de los vapores de ruedas, cuyas condiciones militares son nulas; y teniendo presente que la fuerza propulsora está en razon inversa del desplazamiento (siempre comprendida esta regla entre ciertos límites), que asigna á un buque de 6.000 toneladas para ser impulsado á razon de 11 á 12 millas, seis toneladas por caballo de fuerza nominal, las condiciones de marcha de nuestros buques serán las siguientes:

#### Buques de 1.ª clase.

##### BLINDADOS.

	Cañones.	Caballos.	Velocidad máxima. — Millas.
Numancia.....	25	1.000	De 11 á 12
Vitoria.....	23	1.000	Idem.
Arapiles.....	17	800	Idem.
Zaragoza.....	21	800	De 10 á 11.
Mendez Nuñez.....	6	600	De 6 á 7.

##### FRAGATAS DE HÉLICE.

	Cañones.	Caballos.	Velocidad máxima. — Millas.
Villa de Madrid.....	48	800	De 11 á 12.
Almansa.....	48	600	De 9 á 10.
Gerona.....	48	600	Idem.
Navas de Tolosa.....	48	600	Idem.
Asturias.....	51	360	De 5 á 6.
Cármén.....	21	600	De 11 á 12.
Lealtad.....	33	500	De 8 á 9.
Concepcion.....	32	600	De 11 á 12.
Blanca.....	38	360	De 7 á 8.
Berenguela.....	26	360	Idem.

#### VAPORES DE RUEDAS.

	Cañones.	Caballos.	Velocidad máxima. — Millas.
Ciudad de Cádiz.....	16	500	De 10 á 11.
Isabel la Católica...	16	500	Idem.

#### Buques de 2.ª clase.

##### DE HÉLICE.

	Cañones.	Caballos.	Velocidad máxima. — Millas.
María de Molina.....	Armándose.		
Tornado.....	6	300	De 10 á 11.
Consuelo.....	2	300	De 11 á 12.
Vencedora.....	3	160	De 7 á 8.
Narvaez.....	3	160	Idem.
Santa Lucía.....	3	160	Idem.
Cirse.....	3	160	Idem.
Diana.....	5	160	Idem.
Africa.....	3	160	Idem.
Vad-Ras.....	3	160	Idem.

##### VAPORES DE RUEDAS.

	Cañones.	Caballos.	Velocidad máxima. — Millas.
Colon.....	6	350	De 8 á 9.
Blasco de Garay....	6	350	Idem.
Pizarro.....	6	350	Idem.
Hernan-Cortés.....	6	350	Idem.
Ulloa.....	6	350	Idem.
Vasco-Nuñez.....	6	350	Idem.
Churruca.....	2	400	De 12 á 13.
Leon.....	2	230	De 7 á 8.
Vulcano.....	6	200	De 10 á 11.
Lepanto.....	2	200	De 7 á 8.

##### TRASPORTES.

	Cañones.	Caballos.	Velocidad máxima. — Millas.
San Quintín.....	»	300	De 11 á 12.
S. Francisco de Borja.	»	300	Idem.

#### Buques de 3.ª clase.

##### DE HÉLICE.

	Cañones.	Caballos.	Velocidad máxima. — Millas.
Andalucía.....	3	130	De 6 á 7.
Guadiana.....	3	130	Idem.
Huelva.....	3	130	Idem.
Sirena.....	3	130	Idem.
Ligera.....	3	130	Idem.
Favorita.....	3	130	Idem.
Santa Filomena....	2	100	Idem.
Constancia.....	2	100	Idem.
Valiente.....	2	100	Idem.
Animosa.....	2	100	Idem.
Buenaventura.....	2	80	Idem.
Caridad.....	2	80	Idem.
Concordia.....	2	80	Idem.
Edetana.....	2	80	Idem.
Céres.....	2	80	Idem.
32 cañoneras.....	á 1	y 40	De 8 á 9.

##### VAPORES DE RUEDAS.

	Cañones.	Caballos.	Velocidad máxima. — Millas.
Liniers.....	2	147	De 8 á 9.
Vigilante.....	2	120	De 10 á 11.
Alerta.....	2	120	De 8 á 9.
Conde del Venadito.	2	120	De 10 á 11.
Don Juan de Austria.	1	120	De 7 á 8.
Guadalquivir.....	1	120	De 8 á 9.

##### FUERZAS SUTILES.

	Cañones.	Caballos.	Velocidad máxima. — Millas.
18 cañoneros.....	1	20	De 6 á 7.

Nuestra armada queda reducida á 11 buques que reúnan las condiciones de marcha, y de ellos el *San Quintín* y *Borja*, trasportes de hierro.

Examinando nuestro material en su aplicación para combate, para el que sólo son admitidos hoy los acorazados, podemos presentar los buques siguientes, abstracción hecha de la *Sagunto* y tres corbetas blindadas en construcción:

*Numancia*.—En la batería: 6 cañones de á 300 y 16 de á 68.

En el reducto: 2 cañones de á 180.

En colisa á proa: 1 cañon de á 180.

*Vitoria*.—En la batería: 4 cañones de á 250 y 12 Palliser de 16 centímetros.

En el reducto: 2 cañones de á 180.

En colisa á proa: 1 cañon de á 180.

*Arapiles*.—En batería: 2 cañones de á 300; 4 de á 180, y 10 de á 68.

En colisa á proa: 1 cañon de á 180.

*Zaragoza*.—En la batería: 4 cañones de á 28 centímetros (ánima lisa), y 14 de á 68.

Reducto: 2 cañones de 22 centímetros (ánima lisa), y 1 en colisa á proa.

*Mendez Nuñez*.—4 cañones de á 250, y 2 de á 180.

Esta última, blindada parcialmente, es de tan escasa marcha (6 á 7 millas), que en escuadra sería todo lo contrario á un elemento de fuerza, pues teniendo que subordinar los movimientos de los buques siempre al de ménos andar para protegerse mutuamente, la *Mendez-Nuñez* entorpecería la marcha de una escuadra ó tendría que ser abandonada, y en este caso sería muy posible que, flanqueada convenientemente por el superior andar del enemigo, fuera presa de él.

En relación al ataque y defensa, vemos desgraciadamente disminuirse nuestro poder naval. El blindaje de nuestras fragatas sólo alcanza, en la que más, 16 centímetros, bien escaso en resistencia á los últimos modelos construidos, en razón á los años que se construyeron y haberse ido aumentando desde esa época las dimensiones de los blindajes, almohadillados y revestimientos de hierro interiores á dimensiones relativamente muy superiores.

Si débil es la defensa, en iguales circunstancias se encuentran para el ataque, pues, según los principios tácticos modernos, cualquiera que sea la línea que se adopte para el combate, ésta debe ser muy cerrada para protegerse mutuamente los buques, prefiriéndose la línea de frente por divisiones triangulares ó cuadrangulares, por reunir más condiciones para la protección mutua y para las diferentes colisiones que puedan tener efecto; y si bien éstas serán muy difíciles para un hábil maniobrista, aunque no lleguen á tocarse los buques por efecto de la oportuna maniobra, se encontrarán sumamente próximos, siendo entonces de suma importancia el uso de la artillería, cuyos efectos destructores serán tanto más sensibles,

cuanto más potente sea, y sus fuegos dispuestos de la manera más conveniente. En las proximidades de la colisión, la artillería debe jugar por depresión buscando la línea de agua del enemigo hacia el centro para inutilizar la máquina, dejando al contrario sin movimiento, que en este estado sería presa segura; para conseguir ésta se necesitan fuegos por depresión de 8 á 10°, y ni la disposición de nuestras baterías, ni la de los montajes lo permiten; de nada servirán tampoco fuegos, cuyos proyectiles vinieran á hacer ligeras impresiones sobre las potentes corazas de los buques modernos, ni el montar dos ó tres cañones por banda de gruesos calibres, siendo el resto de la batería de cañones ligeros.

Los cañones de 20 centímetros, núm. 2 (68), de ánima lisa, montados en cureñas de madera de difícil y pesado manejo, deben desaparecer de nuestra marina y ni aún transformados en Palliser de 18 centímetros, figurar en el artillado de nuestros acorazados; sustitúyanse por los de 180 á 250 en número conveniente. La suma de veinticinco á treinta millones de reales vellon, valor de cada una de estas acorazadas, implica la necesidad de artillarlas bien, y no, por una mal entendida economía, exponer tan valiosas máquinas de guerra á un accidente funesto.

Las fragatas de hélice, de madera, que como auxiliares en las escuadras, y apoyadas por las blindadas, pudieran aún prestar algún servicio, se encuentran todavía en peor estado de armamento, á excepción de la *Almansa*, que monta 6 cañones Parrot, de á 100; la *Villa de Madrid*, la *Concepcion*, y la *Cármén*, que reúnen las condiciones de marcha, se encuentran aún artilladas con cañones de á 68, núm. 2, montados en cureña de marina ordinaria; estos buques deben reformar su artillado, montando cañones de á 68, reformado en Palliser, cañon de 7 pulgadas, inglés ó Parrot de á 100, con su correspondiente cureñaje mecánico, y sobre cubierta, grandes colisas con fuegos al descubierto. *Las Navas*, *Almansa*, *Girona* y *Lealtad*, inferiores en marcha, pudieran aún prestar servicio reformándolas. Todos los demás buques de primera clase deben excluirse, y la *Mendez-Nuñez* prestar servicio únicamente como batería flotante.

Pasando á analizar los buques de segunda clase, en su totalidad vapores de ruedas, podemos decir que no existe tipo alguno que llene las condiciones de buques de combate, ni la de buques caladores destinados en toda guerra á cruzar los mares para interrumpir el comercio marítimo y cortar las comunicaciones. Estos deben sobresalir por su gran marcha; y de los nuestros, solamente el *Tornado* y la *Consuelo* se aproximan algo á las

condiciones necesarias para este servicio. Es urgente el reemplazar los actuales buques por corbetas blindadas, que monten de cuatro á seis piezas de gruesa artillería, y por corbetas de madera asignadas al servicio de cazadores. Las primeras, no sólo entran á formar parte de las escuadras como buques de combate, sino que por sus condiciones de economía en el material y personal, son aptas para el desempeño de toda clase de comisiones, y para la instrucción marinera costisísima hoy día, al mover las enormes masas de las fragatas blindadas. Lo existente no satisface ni militar ni marineramente; muy mal artillado, de muy escasa marcha, y no alcanzando su superior velocidad á nueve millas, ni aún para el servicio de avisos puede destinarse.

En los buques de tercera entran nuestras goletas, vapores de ruedas y cañoneras; las goletas, por regla general, montan cañones de á 12 centímetros, de bronce, artillería asignada á las lanchas de vapor de las fragatas; su andar no pasa de siete millas, bastando estas dos condiciones para juzgar de su completa inutilidad. Los vapores de ruedas, unos de hierro, otros de madera, deben seguir igual suerte que sus compañeros los de primera y segunda clase; es decir, desaparecer de la lista naval; y respecto á las actuales cañoneras, conservar las necesarias para el resguardo de las costas, sustituyendo nuestras goletas y vapores de rueda con cañoneras que reúnan artillería potente, y andar. El estudio de esta clase de buques es muy interesante, y su servicio de gran utilidad, especialmente en operaciones sobre costas y puertos militares; el ataque de una fortaleza ó la operación de un desembarco no puede generalmente practicarse con feliz éxito sin el concurso de estos buques. Para batir una fortaleza con ventaja, preciso es situarse los buques lo más próximo posible á las baterías enemigas, como la experiencia lo ha demostrado en Argel, Acre, Veracruz, Tanger y el Callao; necesario es cubrir con un diluvio de hierro en su máximo efecto, las obras que se combaten, y el presentar una superficie de 800 á 900 metros cuadrados, que es la de un costado de una acorazada de primer orden, es demasiado blanco para no temer consecuencias funestas en baterías medianamente servidas. Si para evitarlas las fragatas se presentan de proa, sólo utilizarán uno á dos cañones que monten en sus castillos; presentarán entonces un blanco de 120 á 140 metros cuadrados; pero su poder militar quedará reducido de ocho ó diez cañones á uno ó dos; además, si las baterías enemigas están escalonadas sobre tierras altas, las abras de porta no permitirán muchas veces elevaciones convenientes para batir; repartido el número de cañones que monta

una fragata, que supongamos sean 21, en igual número de cañoneros montados en colisa y al descubierta, como éstos deben batir de proa presentando un blanco muy reducido, sus movimientos evolucionarios muy rápidos, pudiendo dar grandes elevaciones á sus punterías, ofrecen ventajas inmensas para estas operaciones; además, las baterías enemigas tienen que distribuir sus fuegos sobre puntos pequeños, en gran número, y muy movibles, y no sobre las grandes masas que le presentan los blindados; los siniestros que puedan ocasionar los proyectiles enemigos batiendo á corta distancia, lo mismo pueden inutilizar una fragata que un cañonero; pero la fuerza de la escuadra quedaria reducida, en razón de los cañones que monta la primera, al único que lleva el segundo. En operaciones de desembarco, como para efectuar éstos se eligen puntos de fácil acceso para las embarcaciones menores, como son las playas, la flotilla tiene que ser protegida; y si los aterramientos son difíciles para buques de gran calado, necesarias son las cañoneras para protegerlos. Repetimos que el estudio de estas embarcaciones es de utilidad inmensa, y lo difícil del problema, que es el de darles una gran marcha, se venceria, á fuerza de ensayos poco costosos, en razón á la pequeñez relativa de estos buques, cuya eficacia militar tan precisa es á toda marina.

Réstanos examinar la cuestión financiera. La transformación y adquisición del material implica la inversión de grandes sumas, que el estado de nuestro Tesoro no puede sufragar; pero creemos que sosteniendo nuestro actual presupuesto, y eliminando los buques que se consideren no reunir condiciones militares, las cantidades que en éstos se invierten para su sostenimiento, arrojarán un sobrante con que atender á la adquisición y transformación del material.

Consideramos que un país marítimo, y con grandes intereses coloniales, no puede prescindir de tener una marina militar; pero sostener ésta para que en un momento dado no pueda serle útil, defendiendo con éxito feliz sus grandes intereses marítimos y el honor del pabellón, es de todo punto incomprensible. Si nuestra marina ha de llenar su noble misión, preciso es que reúna las condiciones necesarias para la guerra; de no ser así, para el transporte de tropas y material, ó para impedir el contrabando en nuestras costas, la nación no debe invertir grandes sumas improductivas.

La marina que, en nuestro entender, debe tener la nación, atendiendo los servicios que le están encomendados y las complicaciones que puedan surgir en lo porvenir, es la siguiente:

**Buques de 1.ª clase.**  
10 fragatas blindadas de 14 á 20 cañones,  
3 baterías idem para defensa de costas y puertos.

**Buques de 2.ª clase.**  
10 corbetas blindadas de 6 cañones de 180.  
10 id. cazadoras de 4 cañones de 100.

**Buques de 3.ª clase.**  
36 cañoneros de á 1 cañón de á 180.

**Fuerzas sutiles.**  
16 cañoneros para la Isla de Cuba.  
12 id. para Filipinas.

**Buques especiales.**  
2 vapores hospitales.  
2 id. de depósitos y almacén.

Los trasportes deben hacerse por medio de la marina mercante.

Esta es nuestra opinion sobre el poder naval de España, deseando ver realizado en su marina toda clase de adelantos, que nos coloque, si no en el número, al ménos en sus condiciones militares, á la altura que tienen las de los países más adelantados. Presente debemos tener este axioma militar: «La victoria será siempre, en igualdad de circunstancias, de quien posea un material más perfeccionado.

J. NOSLEN.

19 de Agosto de 1874.

## HISTORIA

DEL

### MOVIMIENTO OBRERO EN EUROPA Y AMÉRICA

DURANTE EL SIGLO XIX.

#### CAPÍTULO VI. \*

Eleccion presidencial.—Persecuciones.—Disolucion de la Asamblea Constituyente.—Asamblea Legislativa.—Propaganda socialista y antisocialista.—Banco del Pueblo.—Leyes sobre las asociaciones obreras, las coaliciones y las huelgas, sobre las relaciones de maestros y aprendices.—Sentido político de la Cámara legislativa.—Decretos sobre cajas de ahorros y sociedades de socorros mutuos; créditos para servicios públicos de utilidad á las clases pobres.—Instruccion pública.—Proteccionistas y libre-cambistas.—Desenvolvimiento científico industrial en este periodo de 1848 á 1852.—Exposiciones nacionales y universales.

Política del emperador relacionada con las clases jornaleras.—Rápido desarrollo de la asociacion obrera.—Sus vicisitudes.—Ligera estadística de las sociedades obreras fundadas en Francia hasta el año 1863.—Asociaciones públicas y secretas.—Coaliciones y huelgas.—Reformas del Código penal.—Resúmen y nuevas consideraciones sobre la idea de asociacion.

La política veleidosa de la nacion francesa dió por resultado, en el momento histórico que vamos relatando, la eleccion de presidente de la República en la persona de Luis Napoleon Bonaparte. Desde entonces comenzó para el pueblo frances una nueva época de

\* Véanse los números 19, 20, 22, 24, 26, 27 y 29, páginas 17, 53, 97, 170, 253, 271 y 356.

estados de sitio, de leyes represivas sobre el ejercicio de todos los derechos adquiridos á tanta costa en revoluciones anteriores, de medidas gubernativas que extendieron el terror, primero entre los republicanos socialistas, despues hasta en los republicanos conservadores. La mayoría de los que tomaron parte activa y principal en el movimiento de Febrero, buscaron su salvacion en la huida al extranjero. Otros que no pudieron ó no quisieron emigrar, habitaron por largo tiempo las cárceles y los presidios. En Mayo de 1849 se disolvió la Asamblea Constituyente, dejando promulgada la Constitucion, cuyas bases democrático-republicanas eran el sufragio universal, derechos individuales en política y religion, una sola Cámara, un presidente responsable y amovible cada cuatro años.

A la Asamblea nacional sucedió inmediatamente la Asamblea legislativa. En aquella llegaron á discutirse las más árduas cuestiones del trabajo; en ésta alcanzaron mayor grado de agitacion las ideas socialistas, por lo mismo que habia en su seno cien representantes de la República democrática y social, quienes si aún formaban minoría, hacian una oposicion temida y respetable por su audacia en combatir la organizacion social presente y su energía al propagar dentro y fuera de la Cámara sus proyectos reformistas. Fué, sin embargo, un terrible golpe para los sectarios del socialismo el desgraciado fin que tuvo el BANCO DEL PUEBLO, fundado por Proudhon á fines de Enero de 1849, para demostrar prácticamente las ventajas de la gratuidad del crédito por el cambio directo de los productos. Depositaron los accionistas unos 18.000 francos, y al poco tiempo más de la mitad se emplearon en gastos de instalacion. Intervinieron en ello el gobierno y los tribunales de justicia, viéndose obligado Proudhon á cerrar el Banco y evitar con una emigracion las persecuciones de la policia. Durante este tiempo la opinion pública formaba juicios más positivos y sensatos acerca de los puntos tan importantes de economía social, hábilmente explicados y comentados en libros y folletos por los hombres más inteligentes de Francia (1).

Entre tanto los representantes del orden—así se llamaban los adversarios del socialismo—consiguieron en la Asamblea legislativa que no se renovasen los créditos á favor de las asociaciones obreras; y á tanto se elevó su propósito reaccionario, que á todas horas faltaban al texto constitucional para suprimir las asociaciones obreras de las ciudades fabriles, sobre cuyos escandalosos atentados ni era siquiera permitido á los diputados de la minoría usar del derecho de interpelacion. En su principio esta segunda Cámara de la República de Febrero, dió á conocer un

(1) Thiers, (*De la Propiedad*); Bastiat, (*Armontas económicas*); Cousin, (*Justicia y Caridad*); Villermé, (*Asociaciones obreras*); Blanqui, (*De las clases obreras en Francia*); Passy, (*Causa de la desigualdad de las riquezas*), etc. etc.

cierto espíritu egoísta á favor de las clases privilegiadas con el capital, legislando en provecho de los propietarios, fabricantes, maestros y jefes de taller, siempre que se presentaba un proyecto ó una proposición relativa al trabajo y al obrero. En tiempos de la Asamblea Constituyente no se tenían por delitos las coaliciones y huelgas; la legislativa acordó su prohibición bajo severas penas lo mismo á los patrones que á los obreros.

En cambio, y para evitar en lo posible cuantas diferencias lamentables pudieran surgir entre maestros y aprendices, se establecieron ciertas prescripciones generales, que luégo se completaron con una sanción penal. Recordamos entre otras que el patron ó maestro debía ser mayor de 21 años, y no haber sufrido condena grave; debía conducirse como un padre, y no exigirles más de diez horas de trabajo á los menores de 12 años, más de doce á los menores de 16; no había de trabajarse los domingos, y debía enseñarles su oficio de una manera progresiva y completa. Por su parte los aprendices debían al maestro fidelidad, obediencia y respeto. Ni á unos ni á otros era posible el cumplimiento exacto de tales condiciones.

No dejamos, sin embargo, de reconocer que más tarde la Asamblea legislativa, si bien sostenía un odio profundo hácia toda reforma proyectada por los socialistas, tomó cierto interés, manifestó algún buen deseo por las clases jornaleras, aunque con el doble sentido de su propio bienestar y la seguridad del Estado. Admitiendo como lema «la libertad en todas las formas de la asociación,» no presentó ya más obstáculos á la fundación, desarrollo y prosperidad de las cajas de ahorros, sociedades de socorros mutuos y otras, debidas pura y exclusivamente á la actividad obrera. El gobierno no estaba conforme con la Asamblea sobre esta libertad excesiva de la asociación, y deseaba limitarla con el nombramiento de presidente por el jefe del Estado y con la admisión de miembros honorarios que interviniesen en las funciones de estas sociedades. De tal divergencia de opiniones entre la Cámara y el gobierno nació la ley de 15 de Julio de 1850, al amparo de la cual se crearon sociedades y cajas de ahorros con fines más modestos y prácticos que los deseados por la Constituyente con sus decretos sobre talleres societarios y sus planes de asistencia pública. La misma Asamblea legislativa continuó por algún tiempo en tarea tan digna y honrada, abriendo créditos para baños y lavaderos públicos, nombrando comisiones que inspeccionasen las viviendas insanas, y legislando sobre la gratuidad para los pobres en todos los actos civiles y judiciales. También sobre instrucción pública, primaria y secundaria, se llevó á cabo una reforma encaminada á suprimir los privilegios de la Universidad, preparando de paso la libertad de enseñanza con el fin de emanciparla totalmente de la influencia clerical.

De nuevo apareció aquí la cuestión del proteccionis-

mo y el libre-cambio con serias proporciones. La reforma de los aranceles de aduanas, consiguiente á la libertad de trabajo consignada en la Constitución, era reclamada con insistencia por cuantos miraban con repugnancia la tarifa de las prohibiciones y la tabla de los derechos protectores. Chevalier, Blanqui, Wolski y Garnier, profesores de economía política, sufrieron una acusación de los proteccionistas que eran dueños del gobierno, de la Asamblea, del Consejo de Estado y del Comité de la industria nacional, contra la que se levantaron indignados tan ilustres publicistas y casi toda la juventud universitaria. Aún pretendían más los partidarios de la protección, y era la notificación oficial á todo profesor de economía política que había de renunciar para siempre á las doctrinas libre-cambistas. Acordó el Consejo que se enseñase la economía política, no bajo el punto de vista teórico del libre-cambio, sino sobre la legislación por que se regía la industria francesa. Como sucede siempre que un gobierno quiere limitar la ciencia y detener el progreso, bastó aquella decisión del Consejo para que las ideas de la llamada escuela economista se explicaran con fe, se acogieran con entusiasmo y se propagaran por todas partes con tenaz empeño.

Ultimamente, los principios socialistas de la Constituyente fueron discutidos con gran calor en este período parlamentario. Tanto la defensa como el ataque se hicieron en medio de la pasión política más extremada, y si al fin la Cámara vino á un acomodamiento entre ambas fracciones, no tuvo éste otro carácter que el de beneficencia y caridad hácia las clases obreras, con aplicaciones limitadas á las relaciones de maestros y aprendices, con relaciones directas entre las coaliciones, huelgas y las severas penas del Código. Todo esto se puede dispensar á la segunda Asamblea de la República de Febrero, teniendo en cuenta, no solamente su legislación sobre la asistencia civil y judicial, sobre las sociedades de socorros mutuos y cajas de ahorros, si que también su lealtad á la República. La historia hace justicia á la dignidad parlamentaria de esta Asamblea, que supo en distintas ocasiones hacer frente á la política personal del presidente Bonaparte, sin dar nunca motivo á echar sobre sí culpas y responsabilidades en el golpe de Estado de 1852.

Durante esta época, de 1848 á 1852, coincidió en Francia el gran desarrollo científico é industrial con la inmensa agitación de las cuestiones económicas y sociales. A pesar de la influencia perniciosa que ejerce en todas las clases productoras esa permanente excitación de la política activa, la renta oscilaba entre 90 y 98, sin llegar á la par, es cierto; pero sin descender ó bajar hasta poner el crédito nacional á tipos despreciados. El Banco de Francia funcionaba en medio de la terrible crisis sin abusar de los privilegios que se le concedieron en 15 de Marzo de 1848. En 1849 tuvo

lugar una Exposición que honró á la Francia como nación protectora de los productos de la industria humana, y á la cual concurren solamente las manufacturas del país, sin duda porque el gobierno no quiso alarmar los intereses de la industria francesa llamando al palacio de los Campos Elíseos los productos de las demás naciones. Los grandes adelantos de la mecánica en el material de caminos de hierro y maquinaria de tejidos, los inmensos progresos de la física y la química en sus aplicaciones á la galvanoplastia, telegrafía eléctrica, destilación del agua de mar, empleo del óxido de zinc á la fabricación del vidrio, etc., etc., vinieron á demostrar que Francia es un país excepcional, donde si por un lado grandes sucesos políticos y económicos la conmueven profundamente, por otro lado no tarda en levantarse y presentar ante el mundo un estado general de sus fuerzas, que sirven para verse siempre respetada y admirada de propios y extraños.

No faltaron, sin embargo, quienes deseaban mejor que la Nacional una Exposición Universal, que abriendo la competencia entre los industriales de todos los países civilizados, manifestase el verdadero estado de la actividad obrera en Francia con relación á la de otras naciones, Inglaterra, por ejemplo, y estimulase á unos y otros el noble deseo de alcanzar la victoria en esas luchas pacíficas que tanto enaltecen á esta segunda mitad del siglo XIX, y las cuales son de desear que se repitan con más frecuencia. Lo que los franceses no realizaron en 1849, efectuáronlo los ingleses en 1852, por iniciativa de la Sociedad de Artes y Oficios, presidida por el príncipe Alberto, viendo coronados sus esfuerzos con el éxito más afortunado. Quince mil expositores de cincuenta naciones concurren al magnífico Palacio de Cristal, en Hyde-Park, llevando los productos más buenos de sus países respectivos, las obras mejores de sus fábricas y talleres, las múltiples colecciones de sus riquezas artísticas, industriales, científicas, comerciales, etc.

Coincidió en Francia el triunfo de la libertad económica con la Exposición Universal de 1855, para la cual venía preparándose con gran entusiasmo desde que Inglaterra dió el ejemplo en 1852. Aparte de las grandes reformas que garantizaron la propiedad y auxiliaron el crédito y el cambio, se modificaron los artículos de la ley sobre privilegios de invención, arbitrajes, propiedad de las marcas de fábrica, entrada, depósito, circulación y venta de los productos, para que este universal concurso del trabajo tuviese toda la grandeza y dignidad que su importancia y trascendencia reclamaban. La ciencia y el arte, en sus aplicaciones á la industria, en sus relaciones con todo lo que constituye el trabajo activo, hicieron ver en la gran Exposición de 1855, en París, que el movimiento de la producción humana se había desenvuelto notablemente desde la de 1852 en Londres.

El Imperio restableció el sufragio universal, justificando así en cierto modo el golpe de Estado, y apoyándose con cierta habilidad política en la influencia del mayor número. Relativamente á las clases jornaleras, el nuevo poder procuró favorecer su bienestar, mediante un sentido socialista que nunca disminuyera ó limitara la acción del Estado, ni tampoco perjudicase al desenvolvimiento de la riqueza pública. Para alcanzar estos fines patrióticos y humanos, eleváronse á leyes muchas proposiciones discutidas públicamente durante cuarenta años; muchos proyectos sobre los que siempre estuvo abierta la polémica en la prensa, en la tribuna parlamentaria y en el club; muchos principios de utilidad común que habia costado gran trabajo emanciparles de la tradición y salvarles de la ignorancia general sobre cuestiones económicas.

Los mismos obreros no se descuidaban en la propaganda activa de su emancipación social, y cada día adquirían más formal conocimiento de su fuerza é influencia en las decisiones gubernativas y en las reformas legislativas dentro del nuevo poder, levantado y sostenido por el sufragio universal. Desde el principio se dedicó aquel con energía á desenvolver el crédito, aumentar el número de líneas férreas y reformar los aranceles. En 1852 se inauguraron en París dos grandes establecimientos, con el plausible objeto de dirigir los capitales en beneficio del trabajo. El Crédito Territorial operaba desde su fundación prestando á los agricultores sumas reembolsables por anualidades, con hipoteca de sus fincas. Los estatutos del Crédito Moviliario destinaban los fondos de este banco especulativo á fundar y sostener las grandes empresas industriales, y merced á este auxilio pudieron formarse y desarrollarse los ferro-carriles del Mediodía de Francia, la compañía del gas de Marsella, las sociedades de grandes industrias en París, Lyon y otros puntos, las compañías de vapores trasatlánticos, las de caminos y canales, etc., etc.

Esta gran actividad de la industria francesa, apoyada por los capitales aportados por individuos y colectividades pertenecientes á distintos partidos políticos, elevó rápidamente el crédito, aumentó de una manera notable el producto de los impuestos directos é indirectos, la renta pasó de la par, los demás valores adquirieron relativamente una estimación mayor, y la especulación se extendió tanto por entonces en el país vecino, que ni las guerras de Italia, de Dinamarca y Alemania apenas hicieron sentir sus malos efectos en el crecimiento de la riqueza pública. Tan sólo la guerra de los Estados Unidos de América pasó como una tempestad sobre el mercado de Francia, reduciendo á una miseria momentánea las ciudades manufactureras, que, privadas del algodón de América, veían cerrarse sus fábricas y suspenderse el trabajo en sus talleres.

Entre tanto el Imperio, si favorecía con sus leyes y

decretos la situación de los jornaleros, como individuos, no como clase, combatía sin tregua ni descanso sus asociaciones, lo mismo de producción que de consumo, lo mismo de resistencia que de socorros mutuos. La política despótica del autor del golpe de Diciembre no podía tolerar, y no toleraba, que tales asociaciones, republicanas casi todas, fuesen como centros de conspiración para derribar su poder personal; pero la idea estaba tan extendida y arraigada, que un clamor general se levantó contra la disolución de aquellas asociaciones, obligando bien pronto al Gobierno á respetarlas y favorecer su desarrollo. Por su parte los obreros, aleccionados con la experiencia de treinta años, asociáronse con nueva fuerza y mayor empeño, sin pedir protección al Estado, sin exigir subvenciones, sin reclamar talleres que mantuvieran la igualdad de salarios, sin desechar el capital, ántes por el contrario, aceptándole como un elemento indispensable de la producción y un medio necesario para el cumplimiento del trabajo. De esa armonía entre aquel y éste nacieron por los años 1856 á 1863 infinitas sociedades de producción, de consumo y de crédito, algunas de ellas al amparo de la *Sociedad de crédito al trabajo*, fundada por M. Beluze, y cuyo objeto era «acreditar las asociaciones existentes entonces, ayudar ó proteger la formación de otras nuevas.» Recibía los fondos directamente de los créditos mutuos, descontaba el papel de muchas sociedades cooperativas, adelantaba capitales á las compañías de obreros asociados para empresas industriales, sostenía las asociaciones que aún no contaban con elementos propios de vida. A los tres años había aumentado diez veces el número de sus accionistas y la cifra de sus primeros capitales. Tan rápido fué el movimiento de asociación obrera en estos últimos años, que el mismo Emperador dió medio millón de francos para la constitución de una *Caja de sociedades cooperativas*; Say y Walras fundaron la *Caja de descuentos de las asociaciones populares*; aparecieron en Lyon la *Sociedad de crédito para el trabajo* y el *Banco de crédito al trabajo*; en Lille el *Crédito popular*, de Colmar; la grande asociación de los tejedores de Lyon, compuesta de 2.000 obreros y un capital de 100.000 francos; las Sociedades cooperativas de Saint-Etienne; la Sociedad de los pasamaneros, bajo la razón social Laroche y compañía, con 1.300 miembros y más de 600.000 francos suscritos; las asociaciones de Aix, Roanne, Nantes, Bordeaux, Havre, Pau, Limoges y otras muchas en los demás departamentos.

Al lado de estas asociaciones públicas consentidas por las leyes y aplaudidas por el sentimiento general, había otras de carácter privado, no autorizadas legalmente y rechazadas por los empresarios de obras, los capitalistas y propietarios, los fabricantes y maestros, con tendencia cada vez más marcada á la coalición, á la huelga y á la resistencia contra el capital. La

coalición servía para sostener la guerra ventajosamente el obrero contra el patron, el trabajo contra el capital, guerra ofensiva ó defensiva, según convenía á los intereses de unos y otros. Cuando los obreros no encontraban justas y dignas las condiciones del trabajo ofrecido por los capitalistas, maestros ó empresarios, declaraban la huelga, greve ó paro, hasta obtener aumento de salarios ó disminución de horas de trabajo. Muchas veces las coaliciones se verificaban entre los fabricantes ó maestros, para disminuir los salarios y aumentar las horas de trabajo, de lo cual resultaba casi siempre una lucha violenta y material entre empresarios y asalariados, que terminaba las más de las veces en perjuicio de los últimos. En tiempos de la gran revolución, las coaliciones no se castigaron ni persiguieron. En los años del primer Imperio se limitaron por simples decretos. En los días de la Restauración y durante la monarquía de Julio, los tribunales no cesaron de funcionar contra los procesados por coaliciones y huelgas, delitos que ya entonces se castigaban con penas severas. El gobierno nacido de la revolución de Febrero no suprimió los artículos del código que hacían referencia á estas manifestaciones obreras, pero jamás llegó á aplicarles. La Asamblea legislativa ya los puso en vigor; y durante la presidencia de Luis Napoleón, y aún por los primeros años de su Imperio, llegó á ser excesivo el número de sentencias dictadas por los tribunales de justicia á los obreros ó patronos coaligados con distintos propósitos y para fines opuestos. Cuando el Emperador dirigió su plan político con sentido más democrático y con el propósito de asegurar su trono sobre la inmensa fuerza del cuarto Estado, se dijo respecto de las coaliciones y huelgas: «que no había ni las ventajas de una severa legislación penal, ni el honor y el beneficio de una legislación liberal;» palabras que los ministros pusieron en labios de Napoleón III para justificarle ante el país conservador de sus actos de clemencia para con los obreros procesados y sentenciados por aquellos delitos. Más adelante, en 1864, Emilio Ollivier propuso, y las Cámaras aprobaron, la reforma de los artículos 414, 415 y 416 del Código penal, con la distinción de la coalición simple y pacífica, que era permitida, y la coalición violenta y brutal, que era castigada con fuertes penas.

La coalición, en efecto, siempre ha sido y es una causa de perturbaciones públicas, lo mismo cuando se ve provocada por la ambición ilimitada y el interés desenfrenado de los empresarios, capitalistas y maestros, que cuando está determinada por exigencias imprudentes y pretensiones inoportunas de los obreros. Ocasiones hay, ya hemos dicho, en que las huelgas aparecen porque aquellos se conciertan y unen para bajar el precio de la mano de obra, para disminuir injustamente los salarios, y al contrario elevar el producto de sus mercancías, la renta de sus capitales ó



las obras de sus talleres. Otras veces se verifican las coaliciones porque los obreros, creyéndose insuficientemente retribuidos y duramente explotados, piden aumento de jornales y rebaja de horas de trabajo, rehusando trabajar mientras no sean escuchadas sus quejas y no sean atendidas sus peticiones. En ambos casos unos y otros están en su derecho, y libres son los capitalistas y maestros de acceder ó no á la demanda de los obreros, como éstos lo son también de aceptar ó no las proposiciones de aquellos. Pero en esta lucha de intereses, ¡qué ruina y miseria para los trabajadores! Podrán resistir siempre los que tienen mucho; mas los que nada poseen y tan sólo del trabajo logran el pan de cada día, cuando aquel y éste les falta ¡qué ha de suceder?...

A esto que podemos llamar anarquía del trabajo no acudió la Asamblea legislativa con remedios heroicos que organizaran sabia y justamente las relaciones económicas entre el capital y el salario, poniendo á salvo los derechos de empresarios y obreros, y reclamando enérgicamente el cumplimiento de sus deberes sociales lo mismo á unos que á otros.

En resumen, sabemos que desde 1852 á 1862 apenas si se manifestó en Francia la idea de asociación, ya porque las persecuciones del gobierno retraían á los obreros, republicanos en su inmensa mayoría, ya porque la situación creada en 2 de Diciembre veía en toda asociación de trabajadores sociedades secretas ó clubs revolucionarios que conspiraban por el restablecimiento de la República. Sabemos también, que desde 1862 la política liberal del Emperador Napoleon permitió un gran movimiento de las doctrinas democráticas en sentido de progreso en las clases obreras, levantándose de nuevo la fe y despertándose otra vez el entusiasmo por el principio de asociación ó union voluntaria, no ya concebido en medio de las pasiones demagógicas, ni con la pretensión de que el Estado interviniese y garantizase su existencia, lo cual había dado momentáneamente una falsa prosperidad á las asociaciones así constituidas, sino meditado seriamente ante los fracasos anteriores, apreciando mejor sus ventajas y sus inconvenientes, conociendo bien los obstáculos que impedían su desarrollo, para salvarles y dar consistencia definitiva á lo que ya era producto de una convicción razonada y profunda, no resultado de un sentimiento inconsciente y ligero.

Al par de las asociaciones de puro carácter obrero se formaron en la misma época otras muchas de consumo, de producción y de crédito, que si tienen principios semejantes, su desenvolvimiento es debido á distintos medios y variados elementos que los de las verdaderas asociaciones obreras. Presentan éstas muchas dificultades prácticas, que suelen vencerse si los asociados se conocen bien y tienen probidad y energía bastantes para unirse á la obra de utilidad común. Necesitan al fundarse un pequeño capital, y por no acep-

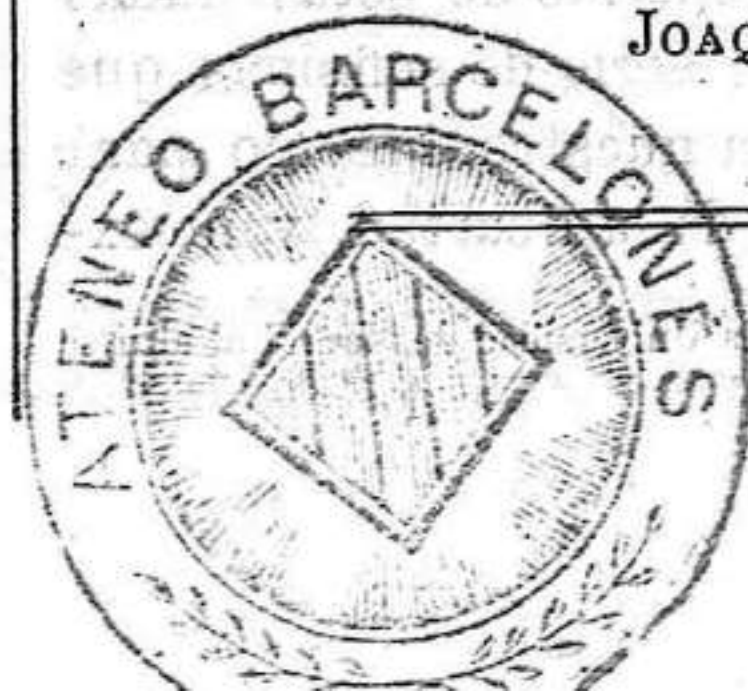
tar esta primera é indispensable condición, muchas alcanzan un resultado adverso en vez de un éxito lisonjero. Necesitan, asimismo, una dirección inteligente, una administración moral, y sobre todo, un propósito firmísimo cada asociado de contribuir semanalmente con una suma, de la cual se hará cargo el comisionado para la contabilidad; el total habrá de depositarse en una segura y honrada casa de comercio, á fin de que, reunida ó depositada la cantidad suficiente, llegué un día en que la asociación pueda establecerse y los asociados cesen de estar asalariados para ser propietarios de su trabajo.

Consideramos este procedimiento como el mejor y más seguro, pues si es verdad que se conocen otros, la experiencia no les acoge como buenos y ventajosos á los fines legítimos y útiles del trabajo. Únicamente en aquellos oficios, artes ó profesiones que dependen de circunstancias variadas, propias ó extrañas, se hacen indispensables ciertas diferencias de las reglas adoptadas como generales, tales como la asociación de patronos y obreros, empresarios y obreros, fabricantes y obreros, capitalistas y obreros, bajo la condición expresa de dar aquellos á éstos una participación en la propiedad del establecimiento, fábrica, taller, etc., etc., y por consiguiente en los beneficios.

Lo que más ha contribuido y todavía contribuye al mal éxito de las asociaciones, quizá es que capitalistas y obreros no quieren ver en el capital y el trabajo, el instrumento y el obrero, los dos elementos indispensables necesarios para el nacimiento, crecimiento, desarrollo y fuerza de toda sociedad. Es el obrero y es el trabajo, primero y fundamental elemento, sin el que no es posible poner en acción el capital; pero sin éste, representese como quiera, por dinero, por instrumentos, en especie, ninguna obra, ninguna empresa, puede fundarse ni existir para fines sociales. Si de aquí pasamos á la administración, á las funciones y al reparto de beneficios, ya hemos indicado por qué medios las asociaciones progresan y se enriquecen, ó de qué manera las asociaciones se estacionan ó retrasan, empobrecen y mueren.

Para terminar este capítulo, réstanos decir, que á contar de 1862, época notable en la historia de la clase obrera por el nacimiento de la Asociación Internacional de los Trabajadores, los de Francia abrieron á su ideal de emancipación un nuevo y bien distinto camino de todos los adoptados y seguidos hasta entonces, con aspiraciones para una obra común y semejante, con principios opuestos enteramente á los fundamentales de la sociedad presente.

JOAQUIN MARTIN DE OLÍAS.



## TEORÍA DE LA VOLUNTAD. (1)

Corre como verdad indiscutible que retrata y define al período histórico que anda, la falta de caracteres y de energías, la carencia de ánimo, de bríos y de esfuerzo, y todos escuchamos y repetimos que más flaca y caída no se vió nunca la voluntad de los hombres, ni hay ejemplos en lo pasado de apocamiento y de postracion parecidos á los que anulan, á más andar, á las generaciones de hoy. Sobra inteligencia, no falta ingenio, crece el estudio y la meditacion, el sentimiento recibe culto; pero la voluntad, aquejada de visible concuncion, es ya lámpara que se extingue, y sus intermitentes fulgores, en vez de iluminar, pueblan de sombras y penumbras nuestras almas.

De aquí dimanán, y en esto tienen raíz (repetimos todos), los deplorables accidentes de la vida pública y privada: de aquí el prurito de atenuar y transigir, ocupando de continuo á la actividad en obtener aplazamientos é imaginar disculpas y conciliatorias fórmulas respecto á lo hecho y á lo que se debe hacer.

Amplie y complete el cuadro quien guste de ello; que no es gozoso amplificar desconsuelos, y lo que importa es discernir y señalar la causa de esos tristísimos efectos, cuya realidad, por desgracia, no es posible desconocer.

La causa es un error filosófico. Dimanan tantos y tan desconsoladores fenómenos de una doctrina que tiene el singular privilegio de encontrar mantenedores en escuelas y cátedras al parecer enemigas, y que se repite en libros místicos y en libros materialistas, se escucha á psicólogos y á metafísicos, del mismo modo que á los que fundan (siguiendo á Littré) su metafísica negando la ciencia metafísica.

La causa del estado moral que deploramos, es el desconocimiento de las calidades y prendas de la voluntad del hombre, y la consiguiente negacion de su libertad y de su albedrío. La espontaneidad, la voluntad, el albedrío, la voluntad libre, la facultad de querer, no sólo se ponen en tela de juicio; sino que las negaciones se suceden en libros y discursos con una generalidad aterradora; y tanto ganan en la opinion comun y en la docta, que á la vez aparecen en refranes populares y en dictámenes tenidos por doctísimos en congresos científicos.

Recordad lo general y repetido de estas dudas y negaciones; recordad la serie de sofismas que penetran desde la cuna en nuestro ingenio para desvirtuar el sentimiento de la libertad, y no ex-

trañareis la fecunda agudeza con que pretendemos parar el severo golpe de la implacable conciencia moral, al juzgar nuestras propias acciones ó los actos de nuestros semejantes.

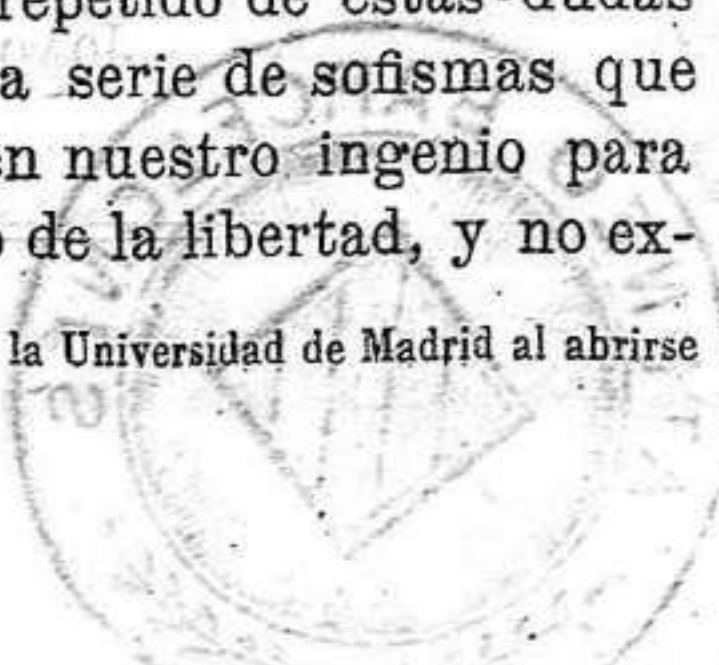
Todo es natural efecto de la aplicacion á todo hombre y á cada caso, de la teoría de la obcecacion y del arrebató; de la enseñanza, de que son irremediables la parálisis espiritual que causan las pasiones, y las furias con que embravecen al bruto; porque es sabido por dichos de la ciencia, del arte, de las costumbres y de la ley misma, que son las pasiones huracan, tromba ó corriente oceánica, que, como á espumas y arenas, arrastran y llevan por delante la inteligencia y la libertad del hombre. Y si de esta creencia supersticiosa en la furia irresistible de las pasiones, tan comun en nuestro pueblo y tan halagada por el romanticismo literario, pasamos á la cátedra é interrogamos á la anatomía ó á la fisiología, trayendo á la memoria ensayos y experimentos, ¿quién sabe hasta qué punto un vicio de conformacion, algo hereditario, los efectos ignorados de una enfermedad que se resiste al diagnóstico, influencias de una excitacion poderosa en las funciones orgánicas, el clima, la alimentacion, han determinado, con una precision mecánica, el hecho que sin razon enaltecemos y sin justicia castigamos?

Corren estos juicios y consideraciones por los mil cauces del sentido comun, como las aguas de real acequia que se precipitan murmurando por mil partidores.

Confundiendo ideas el vulgo, influido por estas negaciones, hasta disculpa al hombre y repite con el poeta: «No fué él... fué su siglo quien lo hizo. El político y el legislador explican sus actos apelando á una entidad superior, de la que son simples voceros al propósito y deseo de los más, á las corrientes (como se dice ahora) de la opinion y del juicio público. Otras veces, repetimos todos, que limitados, contradichos, hostigados en nuestro propósito y resolucion, abandonamos el cauce propio y natural de las ideas, y airados peleamos, enloquecidos por odios ó amores de escuelas ó banderías, siendo imposible desatar nuestro pensamiento ni distraer nuestra voluntad de lo que sirve de mote y gallardete á los nuestros.

La disciplina, el ordenamiento y la estrategia social y política lo exigen así, nos dicen muchos publicistas. Pensamos como todos piensan, hacemos lo que otros hacen, vamos donde van, no por un asentimiento y resolucion deliberada de nuestra voluntad, sino arrastrados y envueltos por la corriente de los sucesos, segun la frase clásica de los historiadores al uso. Pasaron ya los

(1) Discurso inaugural leído en la Universidad de Madrid al abrirse el curso académico de 1874 á 1875.



dias de los grandes caracteres y son innecesarias las energías individuales, repiten todos los que mandan. La sociedad se mueve por leyes mecánicas, y la voluntad individual es una fuerza que debe sumarse; aislada es una fracción mínima, que inútil para el cálculo, se desprecia, dicen muchos economistas.

La opinión general es, á manera de abeja; liba en el cáliz de todas estas enseñanzas, y construye, es decir, induce, deduce y aplica á la vida cuanto llega á ella desde la política, la ciencia ó el arte, y despues engendra criterios morales, usos y costumbres. Como en todos esos actos, preceptos y consejos de la política y de las ciencias particulares apénas vislumbra la importancia ni la función de la voluntad, la moral práctica, ni la atiende ni la estima. Y entónces se advierte, como hoy advertimos con dolor, que lo propio, lo genial ó característico huye; que monótona uniformidad ahoga todos los arranques de la espontaneidad, y que siguiendo en el ancho cauce por que se desborda la historia humana con la regularidad de un cuerpo cuyo volúmen, movimiento y roce están predeterminados, concluyen muchos, no más que para enojos sirve la voluntad, y con ventaja la suple la ley inflexible que se declara en los conjuntos y en las masas.

¡Parece esta una conspiración universal contra la libertad moral del hombre!

No sólo las preocupaciones del vulgo, la política, la historia, como los más la interpretan, ponen al descubierto esa negación que satura ya el espíritu de estas generaciones; sino que filósofos que diz que demuestran que la voluntad no se determina á obrar sin causa, y que la única causa que la impulsa es la razón llevándola al cumplimiento del bien, la reducen á la actividad intelectual, y otros sosteniendo que los conocimientos que la razón consigue son aspectos instantáneos de un sér, razonamiento universal, superior á nuestra energía, que mana y corre eternamente evolucionando en lo infinito, miran nuestros actos como reflejos mediatos del saber ó del sér universal.

Y si huimos de panteismos lógicos, aún damos en ese quietismo muy de nuestra raza, que sin cesar palpita en los más de los tratados sobre la gracia y el libre albedrío, adormeciéndonos en la espectación del descenso divino, que ha de galvanizar nuestra existencia, obrando por nuestro medio, cuanto conduzca al cumplimiento de lo que la omnisciencia del Creador ha visto, para llenar con sus glorias lo infinito.

Todo conspira á ese fin. La misma crítica literaria, llevada por la corriente, repite que el poeta es el grito de su época; que el poema es el sím-

bolo y la cifra de una edad; la catedral, la creación espontánea y anónima de generaciones que van empujándose como las olas del mar; que el genio es una mera condensación cumplida por la presión de las atmósferas sociales de una edad histórica. Nada más llano y hacedero en Goethe ó Mickiewitz que desmontar el poema y clasificar todos sus componentes, y una vez devuelto á la Reforma, á Schelling, á Herder ó Hegel lo que es suyo, á la Revolución francesa lo que engendró, á las proezas Napoleónicas lo que sugirieron á la fantasía general, queda al desnudo la urdimbre del poema, como pobrísima tela pacientemente recamada con las inspiraciones de la historia, gracias á un cincelado mañoso y hábil en combinar líneas y casar colores.

¿Es de extrañar ya que todos desconfiemos de la voluntad y pongamos en tela de juicio la libertad, cuando á porfía se niega su existencia ó se niegan sus supuestos ó sus frutos?

¿Es de extrañar la laxitud moral y el apocamiento del ánimo, característicos de la época presente, cuando dudamos de si son nuestros ó ajenos los mismos actos que cumplimos?

¡Si la voluntad libre es una ilusión sugerida por el orgullo; si, según los doctores del día, no hay acto humano que no esté dado virtual, pero necesariamente, en precedentes genéricos y específicos inseparables de nuestra naturaleza intelectual ó física, no hay para qué recordar arranques y heroismos, verdaderas rebeliones de nuestro sér. Resignémonos con nuestro lote, con nuestro automatismo más ó menos disfrazado, que en días de crisis sociales, la duda ó la negación de la libertad moral es doctrina plácida, muelle y enervante, que voluptuosamente nos consolará en el fondo de los abismos morales á que nos arrastre el mundo. Límitese la ciencia á suspirar, allá en las alturas en que se confunde con el arte, por otra naturaleza y por mejor patrimonio; pero acepte la lección de la ciencia positiva y procure no pedir al hombre más que lo que comporten las funciones, los apetitos y los instintos de nuestro organismo!

¡Oh, no! No es esa la verdad, no es razonado el aplauso que reciben los determinismos de todo género y linaje, desde el místico más acendrado al más tosco de los materialistas; que imaginan y figuran para la razón, para la voluntad, para la fantasía y el sentimiento, yo no sé cuántos embebecimientos, organismos, pilas, vértebras, ligaduras, funciones y síncope que en reducción microscópica repiten, con la uniformidad del eco, los inenarrables misterios de los cielos ó los procedimientos y los fenómenos del dinamismo universal del Cosmos.

No es esa la verdad: no demuestran semejantes errores las ciencias de observacion, ni las escuelas fatalistas ni deterministas, y convence de lo contrario la sencilla, fácil y universal leccion de la conciencia humana, de suerte que la dolencia moral que nos aqueja será pasajera; y para contribuir á ese suspirado renacimiento de la virtud pública, es preciso que apelando á nuestra propia experiencia en los casos de la vida, sin aparato científico y en forma clara y sencilla, sin debilidades ni espantos, sin orgullos y sin abatimientos, procuremos conocer «la voluntad», y confesar despues de conocida *que es única causa y causa absoluta de todos los actos de la vida moral del hombre.*

No hay problema más oscuro y temeroso en las alturas de la ciencia, y sin embargo la conciencia individual lo resuelve en sus puntos cardinales. Radica en el corazon de la unidad de nuestro sér, y palpita en la última extremidad de nuestro pensamiento casi infinito: es el punto absoluto en que se tocan Dios y el hombre, y la dignidad y nobleza de los individuos y de las sociedades está en relacion directa con los progresos que se consigan en esta soberana especulacion, y sin embargo sobre ningun otro asunto habla con mayor claridad la conciencia humana.

#### I.

No me sorprende escuchar á Vogt «que existe entre el pensamiento y el cerebro la relacion que se advierte entre la bilis y el hígado, la orina y los riñones;» tampoco me maravilla leer en Moleculeschot «que el pensar es un movimiento de la materia, y la voluntad un movimiento de la naturaleza;» y dados los precedentes, hubiera extrañado no registrar en Buchner la frase de «que la actividad anímica es una funcion de la sustancia cerebral.» Lo que sí me extraña es que presumiendo de filósofos los jefes de la escuela sajona Spencer y Bain, despues de describir el órgano del espíritu y sus funciones, y de enseñar que la fuerza nerviosa no es distinta del calórico y la electricidad, que se enseñorean de los vastos organismos de la naturaleza, señalando en las corrientes nerviosas el origen de todo acto humano, al punto de exclamar el profesor de Aberdeen: «sin corrientes nerviosas no hay espíritu» hablen aún de espíritu, y mantengan la distincion de sustancias, que de antiguo anida en la filosofía.

Así se perpetúan las logomachias en los estudios. No se ha entendido nunca por espíritu el resultado de la accion y de la reaccion del aparato cerebro-espinal, ni se llaman pensamientos, arrastres, choques ó altos de las corrientes fluidicas á lo largo de los cordones nerviosos, y ni aún sus repercusiones en la sustancia gris del cerebro:

llámase espíritu al sér absolutamente inmaterial, espontáneo y consciente, simplicísimo y eterno.

La claridad, si gusta y deleita, es obligatoria para el que habla ó escribe. No cabe desconocer que, apellidense como quierán, entre los psicólogos ingleses y los naturalistas alemanes hay hermandad consustancial, sin otras diferencias que las nacidas de la mogigatería protestante y de la urbanidad social en Inglaterra; y de la puerilidad estudiantil de lucir frase original y enérgica, que constituye el gongorismo novísimo de la ciencia alemana.

Los estudios anatómicos, las curiosas observaciones microscópicas sobre la constitucion de los nervios, los experimentos por medio de amputaciones ingeniosas, y pacientemente observadas por los doctores italianos, que mantienen el renombre de su escuela, no van más allá de este descubrimiento: «hay una relacion estrecha, íntima entre el organismo, sus funciones y los actos que se denominan anímicos,» lo cual es tan cierto, que autores muy espiritualistas lo explican, considerando el organismo corpóreo como una creacion del alma, en la cual continúa y persevera durante la vida. Si no es esta la conclusion, aún es ménos lo conseguido por los fisiólogos; porque con hechos, y aunque se multipliquen al infinito, no se forma la ciencia.

Lo que importa es descubrir cómo la fuerza nerviosa centuplicada, si se quiere, por las combinaciones electro-químicas, que se efectúan durante su circulacion por los que podriamos llamar troncos, arterias, vasos y células del sistema nervioso, suscita los estados patológicos y reacciones terapéuticas espontáneas, que en la economía cerebral se verifican segun Griessinger ó Schiff, y de qué suerte ese estado morbosó ó sano del sujeto origina la resolucion, el entusiasmo, la intuicion, ó siquiera la modesta percepcion de lo que no va envuelto en la corriente nerviosa. ¡Inútil pesquisa! Entre el filamento nervioso que, segun Kolliger, apenas descubre un potente microscopio, y cuyo espesor no llega á 0,011 de milímetro, y el acto más plástico de la fantasía, ó la más confusa percepcion del sentido, media lo infinito.

No basta renovar las teorías misteriosas de la magia natural, abismándose en la contemplacion de lo posible, que se esconde en la célula infinitesimal de un filamento nervioso microscópico; no basta señalar alguna sutura ó rompimiento de líneas ó colores en el cerebelo ó en la médula oblongada para prorumpir en infantiles «Eurekas;» lo que importa es demostrar que de allí y en tal modo y forma, y regida por esta ú otra fuerza, surge el acto moral.

«Es que la experimentacion es insuficiente; pero la ley de *l'uniforme causation* es la única hipótesis plausible que las ciencias confirman,» dice Herzen: «es que los fenómenos psíquicos ó se conforman ó no con la ley; si no se conforman, es imposible la psicología; si se conforman, cuanto se dice de voluntad y de libre albedrío es absurdo,» escribe H. Spencer. ¡Ah! Si abandonamos el terreno de los hechos, y siguiendo propensiones naturales y legítimas se entran los fatalistas de todo género por las vías de la razón, haciendo metafísica, no sin saberlo, pero sí sin quererlo, cambia la decoración y es necesario averiguar de qué se trata.

Si la doctrina nace del discurso humano, examínese una y otra vez el procedimiento lógico; y en cuanto al dilema de Spencer, nadie niega que exista ley para la voluntad; pero la ley ha de surgir de las entrañas de su propia esencia, y es absurdo buscarla por analogía en mecanismos concretos ó en el dinamismo universal.

¿Qué es la voluntad? ¿Cómo es la voluntad? Fácil es la solución del interrogatorio sin más que escuchar atentamente á la conciencia.

Lo que yo sé decir de mí, con mayor certeza, es que soy un algo que *quiero*, y que, al cumplir lo que quiero, no encuentre oposición ni divergencia (en lo que respecta á los actos ordinarios) entre mi querer y los músculos y miembros que lo hacen patente, que cumplen y ejecutan. Voy, vuelvo, me detengo, prosigo mi camino, me levanto ó me tiendo, sin que advierta contradicción ni esfuerzo entre mi deseo y los medios físicos y fisiológicos que pongo en juego para realizarlo.

Así, el cuerpo y lo que lo mueve y dirige se presentan unidos, hermanados, mejor dicho, identificados en esta percepción interna y externa de mis actos, que efectúo sin fijar la atención en ella.

El hábito me permite, en medio de mi actividad corpórea, ocuparme y distraerme en otras atenciones y propósitos, de suerte que paseo y leo, y meciéndome medito y escribo.

Si por acaso ocurre un accidente que dificulta ó embaraza mi acción, lo considero rápidamente y aumento la energía de mis músculos ó de mis nervios en la intensidad necesaria para superarlo, y vuelvo á mi meditación ó á mi estudio. Si la dificultad aumenta ó el obstáculo crece, me decido á franquearlo con un esfuerzo ó me detengo y cambio de dirección y de propósito.

Entonces, en el choque con lo externo que me coarta y cierra el paso, ó que mata y niega mi esfuerzo; en el choque que se produce de dos causas encontradas, reconozco la exterior; pero adquiero plena conciencia de la mía y mido toda su

extensión y contemplo toda su importancia. Si se me preguntan el significado y la importancia de estos hechos, con el buen sentido, respondo que pertenecen á una facultad mía que quiere; que es mi voluntad lo que actúa; que si al tomar carne en el mundo externo, encuentra obstáculos insuperables, rige de modo soberano, y sin nubes siquiera, toda la actividad moral de mi ser, moviéndose por impulso propio.

Si se me pregunta qué dan por supuesto y qué llevan, sobreentendido estos actos con igual consejo, y sin más atención contesto: que es mi individualidad la que actúa, revelándose en mi voluntad, grado superior por lo consciente de la espontaneidad de mi naturaleza espiritual.

Nadie me ha enseñado á querer, ni nadie me puede enseñar, como decía Séneca. Naturalmente, como la respiración, como el movimiento muscular, de súbito aparece esta facultad, y se realiza tan luego como tengo conciencia, sin que me dé cuenta de su grandeza hasta que veo sus actos rechazados por el mundo externo, y siento se refugia bramando en mi corazón. Sé que enérgicamente se presenta en mi infancia; que lucho con rabia y desesperación contra cuanto la contradice ó liga; sé, por último, que en las primeras edades de mi vida es señora absoluta y puedo exclamar: *Sic volo, sic jubeo; sit pro ratione voluntas.*

La lección es de precio, porque para el estudio de las facultades humanas es libro precioso el de la infancia, en que brilla y centellea con luz y fuegos naturales lo que después pule y perfecciona ó deforma y atrofia la educación.

Así, esta voluntad todo lo determina, y no es determinada por nada ni por nadie; es actividad, facultad, fuerza y tendencia á la vez, que, como unidad suprema de mi ser, preside y dirige toda la actividad de mi vida moral. ¡Y siempre es así, en la infancia como en la edad madura!

Al resolverme, tengo conciencia que lo que voy á hacer lo hago, porque quiero y puedo no querer saber más sobre mi hecho. Sólo sé que soy la causa de mis actos. Antes de preguntarme si es bueno ó es malo, debido ó culpable lo que cumplo, sé con entera evidencia que soy yo, por empeño de mi voluntad, el que lo ejecuto, realizando mi deseo.

Pura, implícisima en su acción que es el querer, la voluntad de nadie necesita auxilio ni estímulo. Se basta á sí misma. No hay en su esencia, en sus caracteres, en sus mismas funciones nada que la enlace á otra facultad, nada que desvirtúe la propiedad que la caracteriza, el *querer*. Nadie la determina á querer: quiere porque quiere; revelando de esta suerte la nativa actividad

individual, en lo más original y propio que se puede concebir en la individualidad.

La voluntad no se confunde, sin embargo, con la actividad ni con la espontaneidad espiritual, que son los supuestos de la voluntad.

Llámase voluntad la actividad individual y consciente. Ni es cosa distinta ni posterior el albedrío de la voluntad. No hay actos voluntarios que no sean hijos de mi albedrío. En el acto humano, el fondo es la voluntad y la forma el albedrío, y fondo y forma se identifican y no existen la una sin la otra. Al resolver, miramos identificados en el acto la voluntad y el albedrío de ejecutarlas y cumplirlas, y toda otra distinción es aquí abstracta.

No requiere tampoco el albedrío dato, ó elemento nuevo procedente de otra facultad del sér humano. El albedrío es la misma voluntad resolviendo, como la voluntad es la actividad con conciencia. No distinguimos ni diferenciamos en el querer elementos ni aspectos, como en el conocer ó en el sentir, sino que, como unidad indivisa, nos reconocemos en nuestros actos, siendo la facultad y el hecho, el objeto y el sujeto del querer, de la voluntad, siendo tan *mío* el efecto como la causa que lo determinó y las resoluciones y fuerzas que empleó en la ejecución. Mis actos son mi voluntaria creación.

La esencia del acto de la voluntad está en la resolución, en la determinación mía á querer ó no querer. Poco importa, para el juicio de mi acto y para juzgarme á mí, que lo ejecute ó no. La ejecución cae ya en las complicadas limitaciones de la realidad sensible y no expresa la pura causalidad de mi querer. El mundo de la absoluta libertad termina al tocar el acto en el mundo sensible.

No es esta aún toda la verdad. El albedrío es causa, y puede ser también fin y objeto de nuestra volición. Queremos, porque queremos y no queremos para gozar ó para sufrir; sino que las más veces, la única ley de finalidad que alcanza nuestro albedrío es querer por querer, para que respire, viva y se manifieste de todos modos y de mil maneras nuestra individualidad.

No es el albedrío la libertad. La libertad es un término racional, superior, nacido de la finalidad total del sér humano y de sus relaciones teológicas; es el ideal de la vida, es la salud y bienaventuranza, pero no lo que debe ser, sino lo que es, constituye el asunto de la observación psicológica.

Tengo por averiguado que en el fondo de todo fenómeno propio del sentimiento ó de la inteligencia va sobreentendida, esa percepción de la voluntad. Es como un substratum de las demás

facultades. La voluntad, como atención en el mundo sensible, como aspiración en el orden intelectual, da vida y movimiento á todas nuestras facultades, engendra todas las funciones de la inteligencia y del sentimiento, y arroja por doquiera las nociones de sér, de fundamento ó causa que iluminan el campo de la psicología.

Es la primera en el orden natural de las facultades, y de una manera plausible para el sentido común y para el científico, podría el hombre definirse diciendo: «Yo soy el que *quiere*.»

Quiero, porque soy individuo, porque tengo la facultad de querer, y quiero más ó menos ó no quiero. Soy causa única de mis voliciones. Mi conciencia me da la certeza firmísima de este hecho. Mis órganos, mis funciones podrán solicitarme, exponiéndome con el lenguaje del dolor sus necesidades, sus apetitos, advertirme con su cansancio, rogarme con su fatiga; pero *Yo* accedo á sus súplicas ó las deniego; llevo mal de su grado todas mis funciones al punto extremo en que caen inertes ó ahitas, y si entónces conozco que *querer* no es *poder*, sino que mi voluntad tiene en la realización un límite, el límite que nace de mi naturaleza finita, y si conozco experimentalmente la limitación de mi naturaleza, conozco también que es *absoluta* mi voluntad. Esta es la palabra exacta: mi voluntad es absoluta: esta es su esencia. De nadie depende; á nadie obedece. Para mí actúa, y sus determinaciones en ella se originan, en mí concluyen, y para mí son sus consecuencias y sus resultados. La esencia sobrenatural, divina ó satánica, pero sobrenatural, que está en nuestro sér, centellea con verdad innegable en esta cualidad portentosa del albedrío del hombre.

Cansados y rendidos miembros y músculos, turbados é inertes órganos y sentidos, se alza aún airada é indómita y soberbia mi voluntad, creando inextinguible serie de voliciones.

Si se estrella en el límite mi inteligencia, no me doy por vencido, como dice el vulgo, y es tan tenaz y perseverante el empeño, como visible é infranqueable es el obstáculo, y lo perpetúa aún con la desesperación y el remordimiento, cuando pasa la coyuntura y el momento codiciado por mi voluntad.

El término que señala la meta de las operaciones de mi voluntad no aparece en sus funciones, que son las disposiciones, el designio y la resolución. En este mundo interno mi voluntad no llegó nunca al límite. Mi esencia espiritual se revela y declara en toda su pureza. Altos, altísimos van mis propósitos y designios, quiero conocer á Dios, quiero unirme á él, igualmente que á Su Santidad; ascender á su omnisciencia; penetrar en rápida ojeada todos los misterios del ser y del saber;

quiero acumular glorias cada vez más gloriosas, inmortalidades y bienaventuranzas. Es en vano que cuanto hay en nuestra naturaleza espiritual y corpórea se coaligue contra la voluntad; en vano el buen sentido, la razón, la prudencia, las creencias y perspectivas ó promesas de premios y castigos me aconsejen, me manden, me disuadan ó pretendan intimidarme; quiero, y altanero y soberbio discurro de propósito en propósito, sin que la voluntad se canse ni fatigue, ni dé con barrera ó vallados que la detengan, y sin que mi perseverancia obstinada y creciente desfallezca un solo punto, si mi voluntad la conforta.

Lo repito, la esencia de la voluntad es el ser absoluta. Es causa libre é independiente de toda necesidad interna y externa, libre hasta de ser libre, solazándose en el capricho y en la arbitrariedad.

Los que enseñan que no hay conocimiento que mejor y más claramente diga lo que es la esencia humana, que la voluntad, enseñan bien; los que creen que la conciencia de la voluntad es la mejor y más cumplida demostración de la espiritualidad humana, deben estimar su creencia como axiomática; y los que por último miran en la voluntad la propia y natural representación de la sustantividad individual, aseguran una base firmísima á ese principio de individuación, que al parecer se ahoga en la filosofía contemporánea entre los oleajes y corrientes del materialismo y de las escuelas panteístas.

Es como el individuo tenaz é inconstante, súbita é irreflexiva en sus resoluciones ó distraída y flaca; pronta y enérgica en la región espiritual y desmayada, tímida y voluble en la social; ayer indomable, mañana será blanda, reflejando en sus actos todas las condiciones del sujeto, así las permanentes y propias como las accidentales y adquiridas. Son tan varios los modos de la voluntad, como es compleja y combinatoria la vida en los términos y posiciones de las facultades del hombre.

Es sensible, racional, individual, generalísima, vaga ó determinada, según elige por campo ó por objeto, uno ú otro sentimiento, una ú otra idea; ó en consorcio con la fantasía corre explayándose en imaginaciones resplandecientes de hermosura.

## II.

Pero dicen los psicólogos es propio de la voluntad el deliberar; y es una de sus funciones. Al formar el designio, añaden, ó el propósito delibera, pesa ó mide á semejanza de la balanza, y opta por lo que atrae con mayor intensidad á su natural. Sí; la deliberación que los psicólogos analizan colocándola como un momento anterior á la reso-

lución, cabe en la voluntad y es síntoma dichosísimo. La voluntad *puede* deliberar; pero no siempre delibera. La deliberación no es función necesaria, es potestativa, es libre. Si delibera mi espíritu y escucha alternativamente al interés y al deber, que me solicitan en sentido contrario, es porque quiero deliberar.

Nada en la naturaleza de la voluntad me impone esa deliberación, y yo sé con el sentido común que he ejecutado muchos actos *sin pensarlos*.

La deliberación es potestativa, y sea cualquiera el peso de una de las tendencias y lo abundante y seductor de los motivos, puedo separarme de su dictámen y resolver en sentido contrario.

Si la deliberación fuera necesaria no podría obrar en contra de lo que resulta después de pensado y medido, como más justo, más honesto ó más conveniente; y sin embargo, puedo desoir y desatender las voces del deber ó del interés, y obrar como me plazca.

¿Cómo negar, desde San Agustín, la contención que en no pocas ocasiones se traba en mi espíritu entre los diferentes elementos morales que concurren á la realización de un hecho?

Son angustias que podíamos todos confesar como el doctor de Hipona. Pero ¿cómo desconocer que después de la deliberación elegimos y optamos, y que podemos optar y elegir entre deliberar ó no? ¿Cómo desconocer que hay grados de intensidad en la voluntad, y que la espontaneidad que está en su raíz se entibia y convierte en reflexiva, y que la deliberación señala ese momento; pero que también crece en energía en el trascurso de la vida?

No es la deliberación más que una relación reflexiva de la voluntad con la inteligencia, que en nada atenta á la integridad del carácter absoluto de la voluntad.

—«Es que no hay volición sin motivo, porque la voluntad no aparece sin que *algo* la obligue á obrar.» Sutil y extensamente se ha discutido el punto por Descartes y Bossuet, y Leibnitz, Kant, Reid; y en nuestros días por la escuela espiritualista francesa, desde Jouffroy hasta el último libro de Janet; y si las convicciones de Bossuet y Reid son precisas y claras, la perplejidad es evidente en los más de los filósofos citados. No hay necesidad de acudir á la teoría de la indiferencia de la voluntad sostenida por Bossuet, por más que no sean convincentes las refutaciones que se leen en muchos libros de aquella profundísima teoría, que peca por incompleta. ¿Es un hecho que, solicitada nuestra voluntad por motivos poderosos para que obre en sentidos contradictorios tras madura deliberación, resuelve no hacer ni lo uno ni lo otro? El caso es frecuente, hoy fre-

cuentísimo. Que hay aquí resolución es innegable, y que no nace de ninguno de los motivos que solicitaban contradictoriamente, no es ménos cierto. Es que aparece un tercer motivo—se dirá—cierto; pero este motivo no es la pasión ó la idea, el bien ó el mal, el vicio ó la virtud; es decir, ninguna de las realidades que están en la naturaleza humana ó que la razón del hombre conoce, y que desde Descartes y Spinoza forman el cuadro de los *motivos* que arrastran á la voluntad.

No es un motivo negativo, porque implica contradicción la frase, aunque sea claro, que induce al *no obrar* cuando los demás solicitan actos. Motivo que niega toda la realidad que solicita activamente al hombre, no es motivo de la causa, es la causa misma. Es un concepto, dicen los kantianos, hijo de mi entendimiento, y sin otra realidad que la que le presta la operación de mi entendimiento; y que con ser pura abstracción, es bastante para negar la eficacia de otros motivos reales, vivos, tan vivos como las pasiones, tan reales como la ley moral.

Si al decir *motivo* se comprende en su definición el puro concepto subjetivo, repítase en buen hora el axioma de la escuela «no hay volición sin motivo;» pero adviértase que ese concepto subjetivo está forjado por la voluntad, que nace de una sumisión servil del entendimiento, y es, como diría el vulgo, un recurso imaginado para el caso; de donde se sigue que *la arbitrariedad* propia del albedrío es la fuente de esas resoluciones, que Bossuet y Reid estimaban como hijos del indiferentismo de la voluntad, olvidando que lo absoluto no mantiene sino relaciones voluntarias, y es contradictorio con la esencia de lo absoluto suponer que las mantiene necesariamente.

Si no hay volición sin motivo, será preciso añadir que la volición se descompone en tres momentos, á saber: la voluntad creando el motivo, el motivo como causa segunda, y el acto motivado, lo cual es pura logomachia.

—Pero la libertad no es arbitrariedad se objeta: Dios es libre, pero no es arbitrario.

No confunde libertad con albedrío el sentido comun. Albedrío es palabra puramente humana. En Dios reside la libertad, pero no el albedrío; el hombre tiene albedrío, y por su perfección puede llegar á la libertad. Dios es infinito y absoluto, y absolutamente infinito, é infinitamente absoluto, simplicísimo en su esencia, y el hombre es finito, relativo, imperfecto, perfectible, y es union de esencias, de espíritu y de naturaleza. Esta diversidad de esencias que anida en su sér, crea oposiciones, contradicciones, empeños y luchas, en las que una y otra despliegan sus fuerzas á manera de ejércitos; y desde el latido del organismo hasta la vi-

sion beatífica actúan y evolucionan en la conciencia humana, y el albedrío expresa enérgicamente esta condición y naturaleza en toda la extensión de su temerosa verdad.

Como la individualidad es superior á meros estados pasajeros é inconscientes, del sentimiento ó de la razón, así el albedrío es superior á una y otra determinación de las inclinaciones, de la pasión y de la virtud. Puede llegar á ser racional, y entónces los motivos morales lo conducen; ó puede no serlo, y entónces hierve sin ley ni freno, y se determina por sí mismo, arbitrariamente, entregándose á la pasión, dándose en servidumbre, convirtiéndose en instrumento de la ira, de la venganza ó de la avaricia. Pero sea lo que fuere el hombre en esta agitada existencia, lo que es y lo que llega á ser, lo es por la fuerza de su voluntad.

—Pero; se replica con espanto, ¿elige el albedrío y opta entre el bien y el mal? El hecho de conciencia es que ejecuto libremente el mal. ¡Oh, no! exclama con horror la filosofía espiritualista de nuestros tiempos; elige el mal por error: la inteligencia cultivada no elige nunca el mal; se comete el crimen por ignorancia: entre el culpable y la virtud no hay más que una diferencia de cultura; ese albedrío supone una tendencia al mal en la naturaleza humana, lo cual es impío y blasfemo. Esa funesta enseñanza, continúan, lleva sobreentendido el absurdo de que el mal es real, y áun de que el mal es amable, última perversion de las doctrinas y de las enseñanzas!

Todo esto se ha escrito de mil modos y se ha amplificado de mil maneras por elocuentes psicólogos, y muy principalmente por tratadistas de derecho penal y hasta por metafísicos dignos de profunda estima.

Pero yo repito sencillamente: es un hecho de conciencia que, entre lo debido y lo indebido, me resuelvo por lo indebido. ¿Por qué hipócritas optimismos? Apelo á la conciencia honrada de mis lectores, y pregunto si no es un hecho de conciencia que en la vida individual todos hemos hecho el mal sabiendo que lo hacíamos.

No nos engañemos con distingos pueriles: la voluntad no elige, se resuelve al mal, áun conociéndolo y en la misma presencia del bien. No se trata de elegir, sino de resolver; no es una comparación de esencias y modos como la que precede á los juicios y á la elección y selección intelectual ó estética, porque la voluntad no es la inteligencia; pero se resuelve al mal áun despues de haber escuchado el consejo y la advertencia de la razón. La razón es la que elige entre la verdad y el error; una vez conocido uno y otro, la razón queda subyugada por la verdad: el sentimiento no



ama la fealdad, sino que queda preso en el amor de la belleza una vez gustado; pero la voluntad es esencia distinta, y si de *querer* se trata, al *querer* seguimos lo que ordena la voluntad que queremos.—Es que la voluntad realiza en la serie indefinida de los actos humanos la esencia humana: Ciertamente; pero la realiza libremente.—Es que la voluntad entonces no tendería al bien, como tiende al bien cuando existe.—Tiende al bien; pero es capaz de negar y desconocer su ley, su tendencia y su finalidad.

—¿Qué realiza entonces la voluntad? ¿Qué potencia, qué substratum actualiza, á qué materia da forma?—Convierte en acto lo virtual oculto en la potencialidad humana, pero en la pura y absoluta concepción individual.

O la voluntad es una fuerza que corre al mal ó al bien, como los ríos van bramando al Océano, en cuyo caso el determinismo es claro y patente la negación de la voluntad libre, ó el albedrío es señor de sí y autor único de los actos morales en el hombre. Yo sé que el mal no me arrastra, ni me fascina, ni atrae mi naturaleza moral por la fuerza de una virtualidad secreta. No; no es el mal el que me arrastra, soy yo el que voluntariamente voy á él. ¿Es porque el mal sea amable? No; es porque sin amarlo, ó acallando y venciendo mis naturales instintos y mis divinas intuiciones, desafiando el espanto mismo de mi conciencia moral, hago el mal porque así lo quiero. Pero el mal, se insiste, es una negación, no tiene sustantividad... ¡Sea en buena hora! Si no la tiene, yo se la doy con mi voluntad. El hombre hace real el mal por su creación individual.—Pero será una abstracción, un flatus vocis, un puro concepto de mi entendimiento.—Sí: será mi creación subjetiva; pero todos los actos míos los determinaré, si me place, por las sugerencias de esa sombría creación de mi albedrío.

Ascendamos cuanto sea posible, gracias á distinciones sutiles, por una escala de causas que den el por qué de nuestros actos; de motivo á causa, y de causa segunda á causa primera, pero siempre reconoceremos el albedrío como causa absoluta de mis actos, á no ser que, negando el albedrío, busquemos la causa en Dios ó en la naturaleza.

No lo meditaron los psicólogos contemporáneos al repetir uno tras otro, como explicación de esta aparente elección del mal, por el albedrío, que es el egoísmo que tuerce las funciones de mi entendimiento, y pongo en lugar de la idea pura y desinteresada del bien mi provecho personal. No: porque al razonar de esta suerte pongo la inteligencia al servicio de mi voluntad y sofisteo, y al remordimiento cumple dejar al descubierto mi

grosera superchería, que muy grosera es la que dice desconocer intuiciones primeras y universales en la razón del hombre.—Por esas afirmaciones, dicen algunos místicos, se induce que las inclinaciones naturales, los impulsos, la propensión, todo lo que haya de espontáneo en el hombre, como expresión de lo esencial en él, está tocado por el infierno y va ciegamente movido por el mal.—Es para el caso indiferente que la inclinación sea infernal ó celeste; si es infernal la inclinación y quiero vencerla, la venzo, y del mismo modo si es debida al cielo. De otra suerte no sería yo causa absoluta de mis actos; las inclinaciones las determinarían; los instintos serían los responsables de mis acciones.

No son el pecado y el crimen errores de inteligencia, ni basta el saber para ahuyentar el mal. Conociendo lo justo, cometemos injusticias. Llenas están las historias de casos en que inteligencias cultivadas han caído en el pecado y en el crimen, demostrando que no es la voluntad servidora de la inteligencia, sino que la inteligencia aconseja, amonesta, señala caminos y direcciones; pero nada más.

Entre el virtuoso y el malvado no hay una mera diferencia de cultura; hay la diferencia del hombre, que por la repetición voluntaria de actos buenos adquiere ese divino hábito de la virtud, y el que por la repetición voluntaria de actos llega, de reincidencia en reincidencia, á cometer habitualmente el crimen.

Las nociones y las ideas que importan á la vida moral están en todas las inteligencias; son patrimonio universal y el sentido común las conoce, si no al modo científico, en el grado bastante para regir la vida de la muchedumbre más apartada de la reflexión filosófica. Concurrirán circunstancias agravantes en el hombre culto; pero no las hay atenuantes en el que carece de instrucción. Consoladores son los optimismos, pero hay que renunciar á ellos si la verdad real los niega, y no es fingiendo consuelos y fantaseando progresos como se educa y dirige á los pueblos. Por otra parte, ese optimismo despoja al hombre de su grandeza moral; de su corona verdaderamente sobrenatural en el orden de las creaciones. Esa corona es la voluntad, esa grandeza es la esencia absoluta, absoluta, repítámoslo, de su voluntad. Si es absoluta, si es causa libre de todos los actos de la actividad moral, no hay quien la rija y domine ni en el mundo ni fuera de él. Es causa absoluta en lo que toca y concierne á su mundo individual. No se transforma en simple medio, ni abdica, sino cuando quiere transformarse ó abdicar. Asiente, consiente, se somete, obedece, es cierto; pero es cuando quiere consentir, obedecer

ó someterse. Se educa, y llega á ser blanda y dócil, de fiera y agreste que era; pero es un mérito esa sumision y docilidad.

¡Terrible privilegio, pero grandeza soberana la del hombre que, soberbio y satánico, reconociendo y confesando la verdad, la santidad y la inefable belleza de Dios, sintiendo los blandos llamamientos de su amor, rompe de pronto ese maravilloso tejido de arrobamientos celestiales, y rebelde y sombrío, se separa y huye de lo que sabe es verdad, bondad y belleza perfectísima; y si no escala los cielos, amontona ironías y sarcasmos, impiedades y blasfemias en su espíritu, contra el Sér de los séres! ¡Grandeza maravillosa y espantable, que nos levanta en el mundo moral como otro Dios; fiereza imponderable, que ni el abrumador dogma de las penas eternas, concepcion gigantesca, como era gigante el enemigo contra quien se dirigia, ha podido domeñar y vencer! Sí: todo es necesario, y nada basta para prevenir la posible erupcion de ese volcan.

No es guiado por la soberbia humana, ni por el afan de separar la concepcion del hombre de las escalas zoológicas en que muchos lo ven, por lo que hablo de estos rasgos distintivos de la voluntad humana, es por el hecho de conciencia, que me obliga á la afirmacion de que la esencia de la voluntad, es el ser causa absoluta de todos mis actos, es verdad capital que se relaciona lógica y realmente con el conocimiento del individuo, con la importancia de la individualidad en la teología y en la antropología. Negad por un momento á la individualidad los caracteres que hemos reconocido en la voluntad; estudiad la individualidad con relacion á los conceptos que nos procura la sensibilidad ó inteligencia, y no descubriréis al individuo; sino que se evaporará en cualquiera de los envolvimientos ó desenvolvimientos del ser ó del saber universal, ó será un organismo más perfecto que el gorilla ó el aún incógnito antropóide que ha de restaurar la serie rota por la injuria de la naturaleza. La voluntad, por el contrario, absoluta, sustantiva, eternamente activa, propia, espontánea, idéntica al traves de la variedad infinita, libre, y como libre consciente, y como consciente personal, y como personal responsable, nos dice cuánto importa respecto al individuo.

No es una fuerza como quiere el fatalismo materialista que plagia á Spinoza en este punto; no es una fuerza en el sentido de fuerza general, regida por ley universalista, porque es causa absoluta en toda la extension y rádio de la individualidad y por efecto de la misma voluntad, es permanente variedad encerrada en lo propio de la especie y género á que pertenece el individuo.

Y no sólo la teoría de la voluntad abre estimada puerta á los problemas teológicos y metafísicos, sino que entiendo es la única que caracteriza é imprime sello severo y puro á la moral y principalmente á la Deontología. Mídese la importancia y mérito de la victoria por la grandeza y magnitud del enemigo, y el vencer y convertir á la voluntad es la más señalada de las victorias que el hombre puede alcanzar; pero requiere el obtenerla virtudes heróicas, cuya razon, fundamento y eficacia demuestra la ciencia moral.

FRANCISCO DE P. CANALEJAS.

Catedrático de la facultad de Filosofia y Letras.

(Se concluirá.)

## LOS HABITANTES DE NUEVA ZELANDA.

(Conclusion.) \*

En otra ocasion he discutido detalladamente las cuestiones relativas al origen de los Polinesios en general y de los Maoris en particular, y me limitaré ahora á recordar que la hipótesis de Mr. Ellis ha sido refutada por Hale bajo el punto de vista lingüístico, y además, no se encuentra de acuerdo con el resultado del estudio físico de las poblaciones, ni con los datos sacados de los hábitos y costumbres, etc. En suma, se opone á multitud de datos comparativos de casi todos los viajeros, sin reemplazarlos con otros.

La relacion que se atribuye entre las supuestas inmigraciones americanas en Polinesia y la destruccion de los Toltécas es insostenible, á juicio de los autores que se han ocupado de la historia de Méjico. Las primeras invasiones chichimecas se verificaron de 1051 á 1061. La huida de Xelhoa y sus compañeros data de 1064. Las primeras inmigraciones en Polinesia son mucho más antiguas, y el haber poblado á Nueva Zelanda mucho más reciente, segun diremos despues.

Las analogías invocadas por Mr. Colenso nos parecen unas veces muy poco significativas, y otras que descansan en apreciaciones inexactas. No puedo, por ejemplo, atribuir gran valor al hecho de que los americanos, como los polinesios, obtenian el fuego por frotacion, porque este procedimiento se encuentra en todas partes y no me choca el parecido que existe, segun dice el autor, entre las esculturas polinesias y las de la América central. Hay ocasiones en que creo que Mr. Colenso comete verdaderos errores: cita, por ejemplo, la batata, cultivada en las islas de la Polinesia, como indígena de América, y los botánicos dicen que es de origen asiático, é importada en América, asegurando terminantemente Mr. Loiseleur-Des-

\* Véase el número anterior, pág. 406.

longchamps, que muchas tribus salvajes de América la han adoptado por la facilidad de su cultivo.

Los Maoris refieren haber llevado este vegetal precioso de su primera patria, Hawaiki; pero Mr. Colenso no da á este hecho su verdadera significacion geográfica. Tal es tambien la opinion de un sabio aleman, cuyas ideas nos da á conocer Hochstetter, el eminente geólogo del viaje de la *Novara*, declarando que las acepta (1). Para Mr. Schirren, como para el escritor cuyo trabajo analizo, la palabra Hawaiki, que bajo diversas formas aparece en toda la Polinesia, tiene un sentido místico: significa *las regiones inferiores, los reinos de la muerte* (2). En este concepto Hawaiki, Hawaii, Hawaii, etc., los consideran los polinesios como *el principio y el fin, el lugar de donde han salido sus padres y donde vuelven los espíritus de los muertos*. Esta última creencia parece, en efecto, haber reinado en Nueva Zelanda y en las Marquesas, pero sabemos que no existe en Taíti, y sobre todo en las islas Tonga, por tanto carece de la generalidad que le atribuyen Schirren y Hochstetter.

Seria muy difícil refutar á los sabios á quien combato, sin salir del terreno que han escogido. Desde el momento en que se trata de interpretaciones místicas, sólo pueden oponerse conjeturas á conjeturas. Por fortuna puede invocarse, para contestarles, un documento auténtico de que ninguno de ellos habla y cuya grande importancia fácilmente se comprende. Hablo del mapa hecho por Tupaia, que Foster nos ha conservado (3). El valor de este documento se ha desconocido por largo tiempo, á consecuencia de los errores que el antiguo ministro de Oberea habia cometido en él, á *instigacion de los europeos*. Estos, á causa del conocimiento imperfecto de la lengua, habian tomado el Norte por el Sur en sus conversaciones con Tupaia, haciendo que colocase erróneamente las islas cuya posicion habian reconocido, y que así están en el mapa, en el punto opuesto á aquel en que debian encontrarse, estando sólo en su verdadero sitio las que Tupaia conocia. De aquí la confusion que se achacaba á este mapa y que Hale ha hecho desaparecer, explicando la causa.

Una vez corregido, conforme á las indicaciones del sabio americano, el mapa de Tupaia tiene un carácter de exactitud innegable. Se han encontrado sucesivamente todas las islas que en él figuran y que sólo han podido ser representadas gracias á los conocimientos geográficos, muy notables en estos pueblos. Ahora

(1) *New-Zealand its physical Geography, Geology and natural History*, by Dr. Ferdinand von Hochstetter, translated from german original by Edward Santer, pág. 207.

(2) *Die Wandersagen der New-Seelander und der Maui-mythos*, Riga, 1856. Para el autor de esta obra, Maui es el prototipo de todos los héroes cuyas leyendas refieren las emigraciones.

(3) *Observations faites pendant le second voyage de M. Cook dans l'hémisphere austral* (tomo V du voyage).

bien, entre estas islas que Tupaia habia visitado (1), ó que por tradicion conocia, ántes de que los europeos las hubiesen visto, figura la isla llamada por Forster *Oheavaï*, es decir, una isla, cuyo nombre en el dialecto maori seria Hawaiki (2). Esta es la Savaï de las islas Samoa. Se ve, pues, que aquí no hay ni alegoría, ni abstracciones.

Savaï no es la única isla alejada de que haya guardado recuerdo la tradicion polinesia. Los documentos recogidos sucesivamente por Porter, Ellis, Williams, sir Jorge Grey, el almirante Lavaud, Thomson, el general Ribourt, etc., citan en otros puntos hechos análogos. En Nukahiva recordaban por tradicion *el primer hombre Ootaia, y su mujer Ananoona*, procedentes de la isla *Vavao, situada al Oeste*. Esta isla existe, en efecto, con el mismo nombre en el archipiélago de Tonga. En Sandwich, ese archipiélago cuya principal isla se llamaba *Hawaii*, recordaban que *el primer hombre y la primera mujer* habian ido de Taíti: se conocian por tradicion *Noukahiva y Futuhiva*. En el archipiélago de las Marquesas se habia dado á dos localidades los nombres de *Upulu* y de *Léfuka*, idénticos á los de dos islas del archipiélago de Samoa. En las islas Manaia se sabia que *Karika, jefe de una isla situada al Oeste y llamada Manuka*, descubrió Rarotonga, y *Manuka* existe, en efecto, en ese mismo archipiélago Samoa, que comprende Savaï, y al que van unidos tan antiguos recuerdos. Los Maoris citan á Rarotonga como la isla donde fué cortado el árbol que sirvió para construir el *Arava*, una de las canoas que condujeron los primeros emigrantes á Nueva Zelanda. En fin, gracias á Mr. Gaussin, he podido encontrar en el mapa de Tupaia cierto número de islas, cuyo nombre figuraba en un *canto mágico*, transcrito en Taíti por el almirante Lavaud.

En vista de este conjunto de hechos, recogidos uno por uno, en distintas épocas y en los puntos más apartados, por hombres eminentes que no habian podido ponerse de acuerdo, ¿es posible hablar aún de mitos y alegorías? El honor de haberlos agrupado y de demostrar el primero su significacion, corresponde á Mr. Hale. Despues de la publicacion hecha por este autor, existen nuevos testimonios que, si modifican en algunos puntos lo dicho por el sabio americano, confirman cuanto hay de cierto en sus miras generales, siendo por tanto difícil de comprender que mister Colenso ni siquiera mencione el nombre del eminente antropólogo de la expedicion de Wilkes, y sobre todo, que al citarlo Mr. Hochstetter, no se preocupe de una opinion diametralmente opuesta á la suya y tan bien motivada.

(1) Tupaia habia sido un gran viajero, y segun los detalles dados por él á Cook, cree éste que debió avanzar á 2.700 kilómetros al Este de Raiatea, la distancia próxima que separa esta isla del archipiélago de Samoa.

(2) Hale; lugar citado.

Tupaia decia de Oheavaï que *era la madre de todas las otras* (1). Todo induce, en efecto, á considerar esta isla, ó mejor dicho, todo el archipiélago de que forma parte, como lo ha hecho Mr. Hale, centro primitivo donde se ha constituido la raza polinesia, y de donde han partido algunas de las principales emigraciones llevando al hombre hasta las extremidades del Pacífico. Pero, fijados en los archipiélagos descubiertos por ellos, los primeros emigrantes constituyeron otros tantos centros secundarios que, á su vez, enviaron al mar nuevos enjambres, y así fué poblándose la Polinesia, de archipiélago en archipiélago, en razon á su proximidad. Estos colonos traian con ellos el recuerdo de la madre patria, y daban su nombre á algun punto de la nueva, que escogian como nosotros mismos lo hacemos. Así se comprende que el nombre de *Savaï*, más ó ménos alterado, segun los dialectos que se desarrollan con el tiempo, se encuentre en los relatos históricos de los archipiélagos más lejanos, aplicándose á una isla de Sandwich, á una llanura de Raïatea, y sin duda á muchos otros lugares.

De una de estas Savaï ó Hawaïki secundarias, de una de esas *pequeñas Hawaïki*, como ellos mismos las llaman, procedian los Maoris. Encontrábase ésta situada en el archipiélago Manaïa, no lejos de Rarotonga, una de las islas que mencionan las tradiciones neo-zelandesas y que figura, como se sabe, en todos los mapas actuales (2).

Llegamos, pues, á una conclusion igualmente lejana de las de los señores Colenso y Hochstetter. El primero, segun hemos visto, se muestra dispuesto á buscar en América el origen de los Maoris actuales y de los polinesios en general; pero para explicar su dispersion tiene que recurrir á la hipótesis de un antiguo continente sumergido, y que, como *testigos* de su existencia, ha dejado sobre las aguas las cimas de las montañas, viniendo así á parar á la hipótesis de Mr. Dumont d'Orville que, en otra ocasion, he discutido ampliamente. Limitaréme ahora á decir que los señores Omalius y Dana la han refutado á nombre de la geología, pero que las mejores razones para combatirla se sacan del hombre mismo. Un continente que tuviera sus puntos extremos en las islas de Sandwich, en la isla de la Pascua y en Nueva Zelanda, hubiera alimentado, de seguro, pueblos que hablaran distintos

idiomas (1). La unidad lingüística de la Polinesia, universalmente admitida, basta para destruir las teorías más ó ménos aproximadas á las ideas de Orville, y no puede explicarse sino por las emigraciones, irradiando de un punto central de partida.

Pero Mr. Colenso afirma que este punto no puede estar al Oeste, porque la corriente ecuatorial y los vientos alisios hubieran detenido á los navegantes que tripulasen sencillas canoas y se dirigiesen de Occidente á Oriente. Este es un error fundado en los conocimientos incompletos de los primeros años de este siglo. Se sabe hoy que la corriente ecuatorial está limitada por una contracorriente que marcha en sentido inverso; se sabe que el monzon vuelve hácia atrás los vientos alisios y que sopla hasta Taïti. Basta echar una mirada á los mapas que ha publicado el capitán Kerhallet para convencerse de que, en ciertas épocas, los vientos y las corrientes son, por el contrario, de las más favorables al trayecto que Mr. Colenso declara imposible; de tal suerte, que hasta con simples canoas se podrian realizar estos viajes con mayor facilidad que Kadou hizo el suyo en una barca de pesca, desde las Carolinas hasta las islas Radak (2).

Guiado por Schirren, Mr. Hochstetter vuelve á la antigua idea de la autoctonia, hipótesis cómoda en la apariencia, que parece resolver todas las dificultades, y que, al contrario, las produce muy numerosas y grandes, pero de un modo demasiado general para poder ser tratadas aquí (3). Me limito á observar lo poco conforme que está dicha manera de comprender el origen de los polinesios, con la unidad de raza y de lengua característica en ellos. Por su posición geográfica; por su extension, que la hace ser un pequeño continente; por la nataraleza del suelo; por el clima, por la fauna y la flora, Nueva Zelanda difiere completamente de todos los demas archipiélagos polinesios. Suponiendo que nuestra especie haya podido ser producto de fuerzas naturales, ¿cómo hubiera engendrado aquella tierra un hombre idéntico al de los islotes intertropicales?

El sabio, á quien siento combatir, enuncia como pruebas en apoyo de su manera de ver, asertos que me han sorprendido mucho. Declara que no ha observado señal alguna de influencia exterior ni en las costumbres ni en el gobierno de los polinesios. El sabio austriaco olvida que muchos viajeros han advertido por el contrario, bajo este doble punto de vista, nota-

(1) *Legende de la carte de Tupaia*, núm. 78. A causa de la importancia que se atribuye á esta isla, el sabio taítiano la ha figurado cinco ó seis veces más grande que las demas. ¿Esta misma inexactitud no es significativa?

(2) *Polynesian Mythology* (pág. 154). Hale habia admitido la emigracion directa de los Samoans á Nueva Zelanda; pero los informes publicados por Thomson y los que debo á Mr. Gaussin, me parece que no dejan duda acerca del origen manaïeno de los Moaris. He indicado esta correccion y algunas otras en uno de los mapas de mi libro (*Les Polynesiens et leurs migrations*).

(1) Las dimensiones del triángulo formado por estos tres puntos son:  
De Nueva Zelanda á las islas Sandwich..... 6,700 kilóms.  
De las islas Sandwich á la isla de la Pascua... 6,800 »  
De la isla de la Pascua á Nueva Zelanda..... 6,500 »

(2) *Viaje de Kotzebue*. El trayecto andado *contra el viento* por Kadou es de 2,700 kilómetros, por lo ménos, segun la apreciacion del mismo Kotzebue.

(3) He examinado esta cuestion detalladamente á propósito de la Memoria inserta por Agassiz en la obra americana *Types of Mankind*. (*Unité de l'espece humaine et Revue des cours scientifiques*, 1868.)

bles analogías entre los polinesios, los dayaks, los carolinos, etc., y que muchos también han insistido en la semejanza física. Sin entrar en este punto en más detalles, que serían muy largos, me limito á recordar al lector las obras generales de Prichard y de Rienzi.

Mr. Hochstetter formula otra proposición, que no puedo juzgar por mí mismo, pero que, de seguro, admirará mucho á los lingüistas. Afirma que se han buscado en vano en la lengua polinesia elementos extraños, y que el Maori en particular no tiene ninguna relación con el malayo. Pues bien; todas las obras de lingüística que he consultado, señalan, al contrario, el próximo parentesco que une los diversos dialectos polinesios con las lenguas malayas. Considerando Mr. Colenso el polinesio como un tipo de lenguaje más antiguo, y apartándose, por tanto, del malayo, está de acuerdo con las referidas obras al hacer constar que se encuentran palabras polinesias en toda la Malasia, y hasta en Madagascar.

Tales son las consecuencias á que se ha visto conducido Mr. Hochstetter por las ideas que ha tomado á Schirren. No creo que sean muy á propósito para conquistarle adhesiones entre los hombres que están algo al corriente de estas cuestiones.

Admitiendo que los Maoris actuales sean descendientes de colonos, llegados de fuera, Mr. Colenso rechaza que esta inmigración se refiera á un pasado lejado. Para él la raza polinesia es una *variedad fija* (stirps) del género hombre, más antigua que la *variedad caucásica ó europea*. En este punto también se encuentra Mr. Colenso en desacuerdo con Hale y con los resultados á que ha conducido la vía abierta por el sabio americano. Este último había demostrado que la población de las Marquesas no podía ascender á más del siglo VIII, y la de Sandwich á más del siglo II de nuestra era, poniendo casi fuera de duda que estas cifras debían reducirse y que la emigración de las Marquesas databa de cerca de un siglo y medio antes de nuestra era, y la de las islas Sandwich de fines del siglo V de nuestra era. Por falta de informes, Hale había considerado las inmigraciones en Taíti y Nueva Zelanda contemporáneas, suponiéndolas unos diez siglos antes de nuestra era.

Las investigaciones ejecutadas después de la publicación del viaje de Wilkes, en particular lo publicado por sir Jorge Grey, por Mr. Thomson y por Mr. Julio Remy (1), y los documentos originales que he podido adquirir, me han permitido proponer ciertas correcciones á estos primeros resultados. La llegada de los tongans á las Marquesas ha debido verificarse hácia el año 419, y la de los taítianos á Sandwich entre los

(1) *Ka Moelelo Hawai* (Historia del archipiélago Hawaiano), texto y traducción precedidas de una introducción acerca del estado físico, intelectual y moral del país, 1862.

701 y 890. La genealogía de los príncipes ó reyes de Raiatea, antecesores de la reina Pomaré, llega á lo más hasta el año 807. En cuanto á la emigración maori, sea que se tengan en cuenta las genealogías cuidadosamente comparadas por Thomson y Shortland, sea que se parta de los datos sacados de la historia de Maru-Tuau, publicada por sir Jorge Grey, es imposible llevarla más allá del año 1400.

He aquí á lo que se reduce la pretendida antigüedad de los Polinesios y de los Maoris. Las más antiguas de esas grandes inmigraciones ascienden á lo más á los primeros tiempos de nuestra dinastía merovingia; la de los neo-zelandeses es casi contemporánea de las guerras civiles causadas por la demencia de Carlos VI. Entre las menos importantes las hay muy recientes como la de la isla Crescent, la de Tubuaí, etc. Estos resultados no se esperaban antes del trabajo de Hale, y comprendo que puedan sorprender á algunas personas; pero basta reflexionar un poco para comprender que son los únicos que concuerdan con un gran hecho fundamental, admitido y proclamado por todo el mundo, hasta por nuestros mismos contradictores. ¿Comprenderíase que un samoano, un hawaiano y un habitante de la isla de la Pascua pudiesen conversar con un neo-zelandés, si la separación de estos insulares datara de 30 ó 40 siglos? La historia de las lenguas protesta contra una hipótesis de esta clase.

He empleado en diversas ocasiones las palabras *Maoris actuales*, y consiste en que, al hablar de Nueva Zelanda, es indispensable distinguir dos épocas antropológicas. Aquel pedazo de tierra que bajo tantos aspectos parece formar un pequeño mundo aparte, se parece á todos los demás en haber visto á las razas humanas disputarse la posesión de un suelo en el cual enormes aves brevipenas reemplazaban á los mamíferos, y donde las palmeras y los helechos arborescentes tocaban á las heleras. Mr. Colenso insiste con razón en la existencia de los *Maoris primitivos*, pero sostiene al mismo tiempo las ideas de autoctonia. No comprendo cómo puede relacionar estas ideas con los hechos mismos que cita en su apoyo. De que los hawaianos hayan encontrado la Nueva Zelanda ocupada, ¿se deduce acaso que sus predecesores eran necesariamente hijos de aquel suelo? Evidentemente no. Aquellos como éstos pudieron llegar de otra parte. De que la mayor parte de las más pequeñas islas de la Polinesia estén habitadas, ¿se deduce que los hombres hayan debido nacer en ellas, no sé por qué fenómeno de generación espontánea? No, porque en nuestros mismos días se han visto emigraciones voluntarias ó accidentales llevar habitantes, desde muy lejos á islas hasta entonces desiertas. Me limitaré á recordar que Tubuaí, cuyo diámetro es de 10 ó 12 kilómetros, permaneció sin habitantes hasta mediados del siglo último, y que fué poblada por insulares

llegados unos de Taïti, otros de una *isla situada al Oeste*, exactamente como Rarotonga lo había sido por el samoan Karika y el taïtiano Tangiia.

La existencia de una población anterior á los emigrantes de Hawaiki está comprobada de diversos modos. Se han encontrado en varias ocasiones utensilios é instrumentos diferentes de los que se sabe han usado siempre los Maoris propiamente llamados. Estos, además, en algunos de sus cantos históricos, mencionan esos *hombres del país*, y cuentan que los derrotaron y destruyeron. En este punto Mr. Colenso acepta la tradición, pero añadiendo que el mayor número de los jefes abordaban á tierras desiertas que ocupaban sin resistencia, de donde deduce que esta población primitiva se componía de grupos raros aislados y dispersos por distintos parajes.

Mr. Colenso dice ha recorrido durante un cuarto de siglo toda la isla del Norte, de una á otra extremidad, atravesando bosques y montañas, y declara haber encontrado en todas partes, y especialmente en el interior, la prueba de que esta tierra jamás estuvo muy poblada. Señala, desgraciadamente en términos demasiado generales y concisos, el número y extensión de las fortalezas, el desarrollo de los cultivos desde hace largo tiempo abandonados, la multitud de armas descubiertas, la de adornos con los dientes de un cetáceo muy raro en aquellos mares, y que los indígenas no podían tener, sino cuando el agua los arrojaba á la costa. Una parte al menos de los hombres que han dejado estos rastros de diversas industrias ha pertenecido á otra raza que la de los Maoris, á juzgar por la manera como sepultaban á los muertos en tierra ó en arena, y por la indiferencia con que miran los neo-zelandeses actuales estas osamentas.

¿Qué raza era esta? Mr. Colenso parece dispuesto á identificarla con los Morioris de las islas Chatam, y creo, con él, verosímil que estas tierras, relativamente próximas, han recibido una población comun antes de la llegada de los hawaikianos. Los estudios lingüísticos y anatómicos dirán acaso algun día hasta qué punto es fundada esta presunción, pero no basta para explicar la diferencia de facciones, color y cabello que, según hemos dicho, existe entre los Maoris. Los insulares de las islas Chatam son de raza francamente polinesia; su mezcla con los Maoris no explicaría los caracteres negríticos que á veces son tan evidentes en estos últimos. Por fortuna no es difícil comprender de dónde ha podido ir el elemento negro que á veces modifica de una manera tan visible el tipo polinesio de Nueva Zelanda. La vecindad de Australia; las costumbres hoy mejor conocidas de las poblaciones melanesianas y una ojeada que se eche sobre el mapa de las corrientes marinas de estas regiones hecho por el capitán Kerhallet, hacen comprender fácilmente cómo han podido encontrarse ambas razas.

Mr. Colenso ha completado su trabajo con un resú-

men histórico, desde los primeros tiempos del descubrimiento hasta nuestros días. No le seguiré en estos detalles, pero me fijaré en el hecho de la desaparición progresiva de los Maoris. En Nueva Zelanda como en toda la Polinesia, se produce este fenómeno tan extraño como doloroso. En otra ocasión he citado cifras horribles recogidas en Sandwich como en las Marquesas, en Taïti como en la misma Nueva Zelanda. Mr. Colenso contribuye á esclarecer esta lúgubre estadística; no para todo el país, sino para algunos distritos, y por ello no dejan de tener las cifras una significación terrible.

	Indígenas.
En la provincia de Nelson había en 1855.....	1120
En 1864 quedaban .....	980
<hr/>	
En nueve años la pérdida había sido de.....	140
O sea 0,12.	
En las provincias de Otago y Southland, en	{ 1852 709
	{ 1864 396
<hr/>	
En doce años la pérdida había sido de.....	313
O sea 0,45.	
En las islas Chatam, en.....	{ 1859 510
	{ 1861 413
<hr/>	
Pérdida en dos años.....	97
O sea 0,19.	
En Rotorna, los Lagos y Maketu en.....	{ 1859 2260
	{ 1864 1765
<hr/>	
Pérdida en cinco años.....	495
O sea 0,22.	

Como muchos otros, pregunta Mr. Colenso la causa de esta despoblación, y no encuentra más que las de mala conducta y falta de higiene. Menciona la introducción de algunas enfermedades como el sarampión, la tos ferina, el catarro pulmonal y la epidemia especial á que ántes he aludido; pero no indica la parte más ó menos preponderante que á cada uno corresponde en el resultado final. Este doloroso problema es mucho más complejo de lo que Mr. Colenso supone, y un sólo hecho que señala hubiera debido bastar para que fijase la atención más formalmente. En Nueva Zelanda, en Taïti, en Sandwich y en toda la Polinesia, la facultad de reproducción parece extinguirse en esta raza destinada á perecer. «Los matrimonios, dice Mr. Colenso, rara vez son fecundos. Los siete principales jefes de Ahuriri carecen de hijos, á excepción de Té-Hapuku, pero de los cuatro hijos casados de éste último, tres no tienen familia.»

En muchos puntos de la Polinesia se ha notado esta disminución, extraña de la fecundidad, como también de la duración media de la vida. Estos hechos han llamado la atención desde hace largo tiempo, y la sociedad antropológica, entre otros, los ha discutido con un cuidado extremo. Las observaciones hechas por un distinguido cirujano de marina han aclarado por primera vez este doloroso problema. Chocándole tanta

muerte prematura, Mr. Bougarel hizo algunas autopsias, y en todos los cadáveres encontró tubérculos en los pulmones. Estas observaciones han sido confirmadas por uno de sus colegas. Según Mr. Brulfert, casi todos los polinesios sufren una tos tenaz, y bajo estos catarros bronquiales se encuentra la tuberculosis, de cada diez veces, ocho. ¿Hemos importado la tisis á aquellas comarcas donde, al parecer, era ántes desconocida? Hereditaria entre nosotros esta enfermedad, al desarrollarse bajo un cielo nuevo y en una nueva raza, ¿ha tomado, como sucede con otras, una forma más terrible? ¿Es endémica ó epidémica? Si es epidémica, bien puede asegurarse que acabará con la raza polinesia en general, y con los Maoris en particular. Dentro de medio siglo apenas quedarán representantes de dichas poblaciones, que tenían ciertamente los vicios de los salvajes, pero también virtudes, uniendo á éstas con frecuencia, gracias que han conmovido hasta á los misioneros ménos dispuestos á transigir con sus creencias.

Estas razas serán rápidamente reemplazadas. En aquella tierra donde la facultad de reproducirse desaparece entre los antiguos habitantes, los europeos parece que acrecen su fecundidad. En Sandwich, de 80 mujeres del país legítimamente casadas, el capitán de fragata, Delapelin, sólo encontró 39 que fuesen madres. Al lado de ellas, nueve familias de misioneros protestantes contaban 62 hijos. El capitán Jouan ha manifestado que, de 1806 á 1838, la cifra de los insulares de las Marquesas ha bajado de 30.000 á 11.000 á lo más, y en sólo tres años, los habitantes de Taïo-Hae de 400 á 250, sin que se registrasen más de 3-4 por nacimientos. Más tarde vió aumentar rápidamente la cifra de los recién nacidos, pero este aumento era de los niños mestizos, no de los de raza polinesia pura, como si la sangre extraña, aunque diluida por el cruzamiento, conservase una parte de sus virtudes. En Polinesia, como en casi todos los puntos del globo donde ha llegado la raza blanca, el porvenir es para los hijos de ésta, puros ó mestizos.

A. DE QUATREFAGES.

De la Academia de Ciencias,

Profesor del Museo de Historia Natural de Paris.

(*Journal des Savants*).

## OBSERVACIONES SOBRE LOS PARARAYOS.

En el *Journal of the Franklin Instituto* hemos leído una interesante Memoria de M. David Brooks sobre los pararayos. Parece que en América las tempestades son, al ménos en ciertas estaciones, de una violencia y de una frecuencia desconocidas en Europa. Los incendios de cortijos, almacenes de forraje y depósitos de petróleo se cuentan por centenares. La

repetición de estos accidentes ha dado lugar á una industria singular, la de colocadores de pararayos ambulantes; estos discípulos de Franklin recorren el país en sus pesadas carretas trasportando una provision considerable de espigas y conductores, y ofreciendo á los colonos, á los agricultores diseminados en los campos, preservarles del rayo. Pero una experiencia deplorable y frecuentemente repetida demuestra que la acción preservadora de esos pararayos está lejos de ser absoluta, y ciertas estadísticas revelan que las construcciones así protegidas son con más frecuencia incendiadas por el rayo que las que no lo están.

M. Brooks, sin afirmar este hecho, explica que una gran parte de los pararayos establecidos en los Estados-Unidos son más propios para atraer el peligro que para evitarlo; y demuestra que todo consiste en el modo defectuoso de comunicacion con la tierra.

Parece que los eléctricos viajeros de que hablamos están muy descontentos de M. Brooks, cuya argumentacion tiende á matar el desarrollo de su industria.

En Europa el pararayo es generalmente mejor comprendido que en la patria de Franklin; y como, á pesar de esto, muchas personas ignoran sus verdaderas condiciones de establecimiento, no será inútil recordar aquí, y sobre todo demostrar con M. Brooks, cuál es el principal escollo que conviene evitar.

Los pararayos están en uso en los buques desde 1800, pero su eficacia era tan dudosa, que frecuentemente se planteaba la cuestion de si hacian más daño que provecho. Ya iba á abandonarse su uso, cuando Snow-Harris obtuvo del Almirantazgo que se estableciera una buena comunicacion metálica entre las espigas de los pararayos en lo alto de los mástiles y el forro en cobre de los buques. Esta sola precaucion bastó, y, desde que se estableció, ningun buque se ha incendiado por el rayo.

Tal es, en efecto, el pararayo en toda su sencillez y en toda su perfeccion; una espiga de metal que se dirige hácia arriba tan alta como es posible, un conductor metálico, una buena comunicacion con las masas metálicas vecinas y una buena comunicacion eléctrica con tierra, ó pérdida de tierra.

La pérdida de tierra dificilmente puede ser mejor que por el contacto del casco metálico entero de un buque con el agua salada del mar, que es mucho mejor conductora que el agua dulce.

En las grandes ciudades la mejor comunicacion con la tierra se obtiene ligando el conductor del pararayo con las cañerías de distribucion del agua y del gas que son de metal, y que por su extension indefinida dan una buena pérdida de tierra.

En el campo es mucho más difícil realizar una buena pérdida, pues es preciso enterrar en el suelo más húmedo posible, alambres, barras ó placas de hierro de una gran superficie; pero, aunque así se haga, siempre habrá allí un punto débil.

Si se establece así un pararrayo con una buena tierra, el rayo, al llegar, se dirigirá derechamente á tierra por el conductor; si la pérdida es mala, la electricidad atmosférica abandonará con frecuencia el conductor, en la forma de chispas, y saltará sobre objetos que le presenten más fácil paso; entónces es cuando sobrevienen los accidentes, ya sea que la chispa hiera á su paso á hombres ó animales, ya sea que inflame materias combustibles.

Estos saltos de la electricidad se producirán de una manera casi segura si, siendo mala la pérdida de tierra, hubiera en la vecindad del pararrayo grandes masas metálicas aisladas, tejados de plomo ó de zinc, máquinas de vapor, postes metálicos, tubos de bajada de aguas, etc., etc.

Así, pues, la segunda precaucion que indispensablemente hay que tomar en el establecimiento de un pararrayo, es poner las partes metálicas del edificio, tanto como sea posible, en comunicacion entre sí y con la espiga ó conductor del pararrayo.

Todas las demas precauciones que se tocan algunas veces, son insignificantes y algunas hasta ridículas.

Unas personas coronan el pararrayos con una punta de platino bastante fina, otras de una punta muy obtusa de cobre; todo esto es indiferente y creemos que una simple barra de hierro vale más, como opina tambien M. Brooks.

Muchos arquitectos colocan aisladores de porcelanas, de cristal, entre el conductor y las barras metálicas que le sostienen á la pared; esto es absolutamente ridiculo; no se puede decir que envuelva inconveniente serio, pero puede asegurarse que es más perjudicial que útil.

Los pararrayos contruidos por los hombres, no son los únicos ni los más numerosos; todos los árboles lo son tambien.

Hay en este punto grandes diferencias entre los diversos árboles, como ha demostrado M. Colladon (1).

Los álamos parecen ser los más eficaces, pero es preciso saber emplearlos, porque pueden crear peligros en vez de evitarlos.

M. Colladon cita el ejemplo de un álamo vecino á un granero lleno de paja, que atrajó el rayo y determinó el incendio de la quinta. Hubiera sido preciso, añade, tener el estanque cerca del álamo, ó rodear el tronco de éste de una lámina metálica que comunicase de un modo ó de otro con el estanque; y en este caso el álamo hubiese sido un excelente pararrayo.

Este género de pararrayo puede ser generalizado con utilidad, y es esencialmente apropiado á las casas de campo, á los cortijos y á las fábricas aisladas.

La prueba de que el rayo hiere preferentemente á los álamos, se encuentra en el caso muchas veces ob-

servado de que en un grupo de estos árboles, el rayo cae siempre en el más elevado de ellos, salvando otros grupos de árboles de distinta clase más próximos y aún más elevados que los álamos.

Nada tenemos que decir, bajo el punto de vista de la práctica, sobre los árboles considerados como pararrayos; pero no queremos dejar este asunto sin dar á conocer sumariamente los principales hechos estudiados por M. Colladon en la citada Memoria.

Analicemos primero la manera de ser heridos los árboles por el rayo. Este atraviesa el aire en la forma de chispa, pero al llegar á la copa del árbol, hiere á la vez toda la superficie que presentan las hojas; y esta extension se demuestra por la ausencia casi constante de huellas sensibles de la accion de la chispa en la parte superior del árbol.

La chispa sigue las ramas y se concentra en el tronco, y entónces es cuando produce accidentes cuyas huellas se conocen con facilidad. Estas huellas presentan grandes diferencias entre sí, segun la esencia del árbol herido y segun otras circunstancias; pero los caracteres casi constantes son éstos: una cisura longitudinal siguiendo la direccion de las fibras de la madera, empieza en un punto más ó menos elevado y llega hasta más ó menos cerca del suelo.

De la parte inferior de esta cisura, el rayo salta á tierra en forma de chispa, y, como es natural, mata á los hombres ó animales que hayan buscado refugio bajo el árbol.

Tomemos de nuevo estos fenómenos sucesivos en el mismo orden.

M. Colladon cita numerosos ejemplos de varios árboles heridos á la vez por una sola exhalacion, lo mismo que una extension considerable de viña. Una vez se observaron 335 cepas, con más de 3.000 hojas marcadas con huellas indudables. Tambien se cita el caso de 24 personas heridas por la misma exhalacion. En 1822, cerca de Hayingen (Wurtemberg), fueron alcanzados por una exhalacion 248 carneros, de los cuales quedaron muertos en el acto 216. M. d'Abbadie habla de una exhalacion en Etiopia, que mató 2.000 cabras.

Por supuesto, el daño causado en cada punto es menor si la accion se ejerce simultáneamente sobre un gran número de puntos; y se comprende que el rayo al llegar á la copa de un árbol no deje huella en ningun punto. Este es, como hemos dicho, el caso más general, especialmente en los álamos; pero esta regla envuelve muchas excepciones; entre otras, la copa de la encina muere muchas veces por consecuencia de la explosion.

En general, sin embargo, la copa de los árboles sufre poco, y las huellas del rayo sólo aparecen en el tronco, bastante cerca de la copa en las encinas, y á mitad de altura ó más bajo en los álamos. Estas huellas consisten generalmente en un fuerte arañazo, di-

(1) *Memorias de la Sociedad de física y de historia natural de Ginebra*, tomo XXI, segunda parte.



gámoslo así, en la corteza, en cuyo fondo se ven cisuras que se dirigen al centro; algunas veces se ven manchas redondas, de un aspecto particular que no se habían observado ántes de M. Colladon, y que merecen llamar la atención de los físicos. La hendidura ó arañazo llega hasta el suelo en las encinas, y se detiene por lo general á algunos decímetros de la tierra en los álamos y en los abetos.

Por último, el rayo salta al suelo y produce un fulminario de un diámetro interior de algunos milímetros si encuentra arena ó excavaciones más ó ménos extendidas en la tierra ordinaria.

Después de este exámen de hechos debe admitirse con M. Colladon, que frecuentemente *los árboles reciben una descarga muy violenta sin dejar huella alguna*; basta, en efecto, para que esto suceda, que el tronco sea buen conductor, es decir, joven ó cargado de sávia. En verdad, es difícil hacer constar el hecho, porque es en algun modo negativo; pero si se fijara la atención de muchos observadores, se llegaría en breve á demostrar de una manera evidente.

A. NIAUDET.

(*La Nature.*)

## LA MUJER PROPIA.

LEYENDA DRAMÁTICA DEL SIGLO XVI.

(Continuacion.) \*

### ESCENA XVIII.

DICHOS y el REY por el fondo.

REY.

Princesa,

¿mi venida os entristece?

PRINCESA.

(Disimulando á duras penas el enojo con que mira y habla al Rey.)

Señor, tal es y tal crece mi angustia, que ya no cesa ni ante Vuestra Majestad.

PEREZ.

Un hombre ha atentado alevé (Con calor.) á su respeto.

REY.

¿Quién debe morir?

PEREZ.

(¿Morir?...)

PRINCESA.

¡Oh! No... (Asustada.)

REY.

Hablad.

PEREZ.

(En un duelo, arriesgar puedo vida y honor y fortuna.)

REY.

Os he preguntado una vez quién es...

PEREZ.

Es... Escobedo.

REY.

¡Siempre ese hombre! ¿Y cómo vos no hallais el hecho glorioso?

PEREZ.

Sí... Es un hombre peligroso...

REY.

¿Ya confesais... ¡Gloria á Dios!

PEREZ.

Ya es preciso. El otro día encontré sobre mi mesa una carta á la Princesa, de Vuestra Majestad... (Ana mira á Perez con asombro.)

REY.

¡Mia!

¡Fué descuido! Pero... ¿osó leerla?...)

PEREZ.

Y dió en sospechar...

REY.

¡También osó adivinar que la había escrito yo!

PEREZ.

Ese hombre es ménos necio, señor, de lo que aparenta.

REY.

Pues su discrecion...

PEREZ.

Intenta

venderla á un precio...

REY.

¿A qué precio?

Hablad sin interrupciones.

(A la Princesa. Perez medita.)

PRINCESA.

Perez se explica mejor (Confusa.) que yo...

PEREZ.

Si nuestro favor no apoya sus pretensiones, sacándole de su empresa con fortuna y brevedad... dirá á Vuestra Majestad, que sabe que la Princesa y Perez hacen traicion á su Rey; que... ¡que se aman!

(Cual si se asustara él mismo de la suposicion.)

PRINCESA.

¡Ved, señor, cómo me infaman! (Comprendiendo.)

\* Véanse los números 20, 21, 23, 24, 26, 27, 29 y 31, páginas 54, 84, 154, 187, 239, 287, 350 y 414.

REY.

Mi afecto en esta ocasion  
probaros de nuevo aguardo  
ya que habeis dado al olvido  
tan pronto lo sucedido  
el miércoles en el Pardo.  
Tal ha de ser mi venganza.

PEREZ.

Yo no conozco esa historia...

PRINCESA.

Abandonadme la gloria,  
señor, de vuestra alabanza.

—Al comenzar el ojeo  
el Rey estaba á mi lado;  
cuando, de pronto, acosado  
por el rudo clamoreo  
que el eco hasta allí esparcia  
de las trompas, de la gente  
de caza, del estridente  
aullido de la jauría,  
un ciervo se nos presenta,  
intranquila la mirada,  
en los lomos embotada  
la gallarda cornamenta,  
rompiendo los matorrales;  
el espacio devorando,  
saltando airoso, nadando  
por los espesos jarales.  
Detúvose: olfateó  
el peligro ya lejano,  
y no advirtiendo el cercano  
á nosotros se lanzó.  
Pasó: el Rey bajó el dispuesto  
arcabuz, porque, movida  
yo á piedad, pedí la vida  
del fugitivo.

REY.

Y aquesto  
no puede apreciarlo más  
que un cazador.

PEREZ.

Verdad es.

PRINCESA.

Sálenle al encuentro tres  
subuesos, échase atrás,  
intérnase entre el ramaje  
que me oculta y me defiende,  
pasa, y con sus piés desprende  
una tira de mi traje...  
Doy un grito: el Rey la cuerda  
de nuevo al arcabuz cala,  
y mete al ciervo la bala  
detrás de lá oreja izquierda.  
Vamos allá... El moribundo  
entre su sangre se agita...  
Nos siente llegar... palpita

todo él... Lanza un profundo  
gemido en que nuestros yerros  
parece que acusar quiere...  
me mira llorando... y muere  
desgarrado por los perros.

REY.

Quien ha logrado que Europa  
á su mirada se apoque,  
no deja que nadie os toque  
ni áun al pelo de la ropa. (A Perez.)  
—Traedme á Escobedo, que quiero  
sondearle.

PEREZ.

(Con viveza.) Se marchó  
ya hace rato.

REY.

Al pasar yo  
por el corredor frontero, (Señalando al del foro.)  
estaba en conversacion  
con mis pajes: id por él.

PEREZ.

Voy... (Contrariado y saliendo.)

## ESCENA XIX.

La PRINCESA y el REY.

PRINCESA.

No será tan cruel  
el Rey en esta ocasion  
como en aquella...

REY.

No tanto...  
con tal que el ciervo no raje,  
al paso que vuestro traje,  
algun trozo de mi manto.

PRINCESA.

Sí... El temor avisa...

REY.

A algunos.

## ESCENA XX.

DICHOS y PEREZ.

REY.

¿Viene?

PEREZ.

Espera.

REY.

Vos podeis  
oir...

PEREZ.

Bien... (Con alegría.)

REY.

Y me excusareis  
relatos inoportunos.

PRINCESA.

Yo me retiro... Me siento

Mal...

(Tranquilizando á Perez y al Rey, que se acercan á ella con solicitud.)

—Inquieta... Disculpádmeme  
con Juana. (A Perez.)

PEREZ.

Sí.

PRINCESA.

(Y avisádmeme  
de lo que ocurra, al momento.)

(La Princesa se va por la derecha y Perez por la izquierda.)

### ESCENA XXI.

EL REY, en seguida ESCOBEDO por el fondo.

REY.

Un poco de calma.—Bien.

Escobedo. (Llamando y sentándose.)

ESCOBEDO.

Señor... (No;  
quien fué mi amigo, no puede  
procurar la perdición  
de mi causa.)

REY.

Contestádmeme,  
y no me mintais.

ESCOBEDO.

¡Señor!

El Rey pensando en quién es  
se ha olvidado de quién soy.

REY.

Pues... ¿quién sois vos?

ESCOBEDO.

Un soldado

que pocas veces entró  
en el Real Palacio, y sabe  
que el Rey prefiere la voz  
de la verdad al halago  
de cobarde adulación.

Han trascurrido ocho días  
desde que en Madrid estoy,  
y aún no he aprendido á mentir.

REY.

¿Aun no? ¿Estais seguro?

ESCOBEDO.

Aun no. (Con firmeza.)

Acostumbrado al peligro  
de morir, mi religion  
y mi conciencia me obligan  
á estar siempre bien con Dios.  
El señor don Juan de Austria,  
hijo del Emperador  
Cárlos Quinto, y, por lo tanto,  
hermano...

REY.

Bastardo.

ESCOBEDO.

(Con doloroso resentimiento primero y despues con digna y respetuosa  
entereza.)

¡Oh!

Su origen no fué legítimo;  
pero sus hechos lo son.

Y siendo sus hechos suyos,  
y siendo de tanta pró,  
engendrándole de nuevo  
la nobleza en su crisol,

por sus hechos es legítimo  
hijo del Emperador!

Cárlos Quinto no podía  
morir, y dispone Dios

que viva el padre en el hijo,  
y en él vive... que es razon

que al fin pague un hijo á un padre  
la vida que recibió!

REY.

Mucho amais á vuestro amo.

ESCOBEDO.

Es bueno!

REY.

Si á su ambicion  
igualára su bondad,  
no pudiera ser mayor.

ESCOBEDO.

¿Quién la alimenta?

REY.

Eso quiero

averiguar.

ESCOBEDO.

Quien ligó  
los piés al águila ayer,  
porque andaba muy veloz,  
y extraña que con sus aias  
á los cielos suba hoy!

REY.

(Despues de dirigir á Escobedo una profunda mirada y con suavidad.)  
No os entiendo.

ESCOBEDO.

Pues... haré

por explicarme mejor.

El Rey ha negado siempre  
á don Juan cuanto él pidió  
á su hermano.

REY.

Y... ¿qué ha pedido?

ESCOBEDO.

Fué su primera ilusion  
llamarse infante...

REY.

No quise  
hacerle á ilusiones yo.

ESCOBEDO.

Todos le llaman «Alteza»

fuera del suelo español...

REY.

Fuera de él, el Rey de España  
no tiene jurisdicción.

ESCOBEDO.

Y es porque la lleva en sí  
con verdad y con honor,  
y nadie puede negársela,  
como nadie niega al sol!

REY.

Creo que algo más que «Alteza»  
quiso ser don Juan...

ESCOBEDO.

Señor,  
las almas grandes, renuncian  
un deseo á condicion  
siempre de mirar cumplido  
otro deseo mayor.  
De infante va un hombre á Rey:  
de nada...

REY.

Puede ir á Dios.

ESCOBEDO.

¿A Dios?...

REY.

Desde la estrechez  
oscura de una prision.

(Escobedo comprende y levanta la cabeza.)

—Arrogantemente habla  
el activo embajador  
de don Juan.

ESCOBEDO.

Y mejor obra  
en Flandes quien le envió:  
quien, hecho á reñir, se mira  
en la dura precision  
de ser *político*

(Pronunciando la palabra con marcada repugnancia.)

cuando  
pudiera ser vencedor!

REY.

Séalo.

ESCOBEDO.

Dénle con qué.  
¡En Flandes está el honor  
de la patria! Nuestros tercios,  
gala del suelo español,  
abandonan tristemente  
los campos donde corrió  
su sangre, fecundizando  
con noble riego la flor  
inmortal de nuestras glorias,  
oprimida en la extension  
de dos mundos. Hoy nos vence  
¡la desgracia! hoy mi señor  
rinde al desaliento el ánimo

que el plomo no quebrantó.

¡Mire el Rey que si perdemos  
las vidas en la ocasion  
que él de perderlas nos dá,  
él pierde y nosotros nó;  
más vive el que muere honrado  
que el que vive sin honor!  
—Dé el Rey á D. Juan recursos.

REY.

Los recursos deselós.  
la hacienda de los herejes  
que han buscado la cuestion.  
Fuera de que yo no quiero  
hacer servir su valor  
mas que para el bien de España.

ESCOBEDO.

¡Pero...

REY.

Mis vasallos son  
mis hijos: los quiero más  
que á mi hermano.

ESCOBEDO.

Y es razon,

¡pero...

REY.

Él pudiera á los suyos  
mirar con el mismo amor...  
y tengo ya suficientes  
enemigos hoy por hoy.

ESCOBEDO.

¡El Rey piensa que conspira  
don Juan!... (En la mayor excitacion.)

REY.

(Con reposo.) Piensa que sois vos  
quien le levanta de cáscos.

ESCOBEDO.

¡Pues... si don Juan mi señor,  
conspirára contra Vuestra  
Majestad!...

REY.

¿Qué?

ESCOBEDO.

Si á un peñon  
puesto en mitad de la mar,  
se marchase el vencedor  
de Lepanto y comenzára  
á llamar gente... á su voz  
se reuniria un ejército  
debajo de su pendon!

REY.

¿Y con él qué haria?

ESCOBEDO.

¡Toma!

vencer ó morir si nó!

REY.

¿Y es ese peñon el Mogro

que hoy fortifica el señor  
y alcaide de su castillo  
don Juan de Escobedo?

ESCOBEDO.

(Con confusion y rabia.) ¡Yo!...

REY.

Parece que los colores  
os saca la acusacion...

ESCOBEDO.

¡Sí! ¡pero el Rey no distingue  
la vergüenza del rubor!

REY.

¡Defendeos!

ESCOBEDO.

Al Rey toca,  
cumpliendo su obligacion,  
defender al inocente.

REY.

¡Y castigar al traidor!

ESCOBEDO.

¡Traidor!... (Como herido del rayo.)

REY.

—¡Perez!

## ESCENA XXII.

DICHOS y PEREZ, que se dirige al Rey esforzándose por permanecer tranquilo y esquivando la mirada de Escobedo.

ESCOBEDO.

(Me vendia

Antonio... ¡Qué necio soy!)

REY.

Recoged el nombramiento  
á ese hombre.

PEREZ.

Pero...

ESCOBEDO.

Dolor

me causa ser castigado  
injustamente... mas vos (A Perez.)  
hallareis justo que se una  
el vicio con la traicion.  
Carta tengo en mi poder  
que os delata por traidor...

PEREZ.

¡Mostradla!... (El Rey se sonrie.)

ESCOBEDO.

Perez... no es uno  
el oficio de los dos. (Con desprecio.)  
—Castíguenme... donde ultrajan  
la fama de un servidor  
como Ruy Gomez... no espere  
el bueno otro galardón.

REY.

¡Quién la ultraja?

ESCOBEDO.

(Mirando de reojo á Perez, que da un paso hácia él.)

Quien se mira  
tan cerca del Rey... ¡que estoy  
por decir qué es el Rey mismo!

(Movimiento de placer en Perez y de cólera en el Rey.)

quien debiera á la nacion  
dar ejemplos de...

REY.

(Asiendo á Escobedo del brazo y casi al oido.)

¡Si alguno  
sospecha que he escrito yo  
una carta á la de Éboli...

(Escobedo mira al Rey espantado.)

y que la habeis leído vos...

ESCOBEDO.

¡Yo!...

REY.

¡Salid!

ESCOBEDO.

(Pero... ¡qué es esto?)

REY.

Y líbreos de mi furor  
la fuga.

ESCOBEDO.

(Frente á palacio  
me ha de hallar mañana el sol!)

(Se va por el foro reposadamente.)

## ESCENA XIII.

EL REY y PEREZ. *Mucha rapidez.*

REY.

(Despues de una ligerísima pausa.)

Prendedme á ese hombre.

(Perez va á salir: el Rey le sujeta por el brazo y prosigue.)

Mi trono,

hasta mi reputacion,  
peligran... ¡Don Juan conspira!

PEREZ.

Es indudable, señor.

REY.

Es preciso escarmentarle!

PEREZ.

¿En cabeza propia? (Asustado.)

REY.

No!

En Escobedo.

PEREZ.

Un castigo...

REY.

Que baste para los dos.

PEREZ.

Pero... Un proceso...

REY.

... Sí... es largo.

PEREZ.  
Puede hacer correr la voz...  
REY.  
De mis flaquezas!  
PEREZ.  
Y, á más,  
don Juan puede...  
REY.  
En su temor  
de mirarse descubierto...  
PEREZ.  
O en su desesperacion...  
REY.  
Intentar algo...  
PEREZ.  
¿Quién sabe?  
REY.  
¡Y hay razon...  
PEREZ.  
Sobra razon  
para matar á Escobedo.  
REY.  
Sí: es necesario el rigor.  
PEREZ.  
Y el sigilo.  
REY.  
Y ¿quién pudiera  
aceptar la comision  
de...  
PEREZ.  
(Despues de pensar un momento.)  
¿Antúnez el ballestero...  
REY.  
Está ahí fuera.  
PEREZ.  
Bien. Pues voy  
á hablarle... Mas... Necesito...  
REY.  
¿Una órden?...  
(Vacilando un momento y yendo en seguida á la mesa, donde escribe precipitadamente en una hoja de papel, que entrega á Perez.)  
¡Tomadla!  
PEREZ.  
(Leyendo rápidamente y deteniéndose con satisfaccion en la firma, que pronuncia con claridad.)  
«Yo  
el Rey.»  
REY.  
Rompedla en seguida.  
PEREZ.  
¡Sí! (Guardándola.) (¡No caeré en tal error!)  
REY.  
Cuando Escobedo haya dado  
cuenta de su infamia á Dios,  
lleve Antúnez á doña Ana  
el ciervo, y sin dilacion  
venga á esta cámara y dígame  
que mis órdenes cumplió.

—Esa será la señal  
de la muerte del traidor.

PEREZ.

¡Bien!

REY.

Dentro de media hora  
aquí: el despacho de hoy  
es de interes.

PEREZ.

(Saludando y saliendo por el foro: deteniéndose ántes un momento.)

¡Adelantel

REY.

(Entrando por la derecha.)

¿Por qué tiemblas, corazon?

#### ESCENA XXIV.

*Un momento sola la escena. Está anocheciendo y se oye rumor de gente que pasa por debajo de la ventana, tocando guitarras y bandurrias, y produciendo algazara que va disminuyendo gradualmente: en seguida DOÑA JUANA por la izquierda.*

Algo extraño pasa aquí,  
y no sé si es el deseo  
forjándose un devaneo  
que acalle su frenesí;  
pero tengo para mí  
que en Antonio se prepara  
un cambio... Yo ví en su cara  
ira... y ví tambien sonrojos,  
y la señal que á mis ojos  
le defiende es la más clara.  
Suele el espíritu ser  
ante la verdad, rehacio,  
rebelde, y ella despacio  
va extendiendo su poder.  
Aguardar es menester;  
el tiempo su oficio hará;  
hoy con mis consejos, ya  
estuve imprudente yo...  
Sí: le humillé... y me humilló...  
¡bien empleado me está!  
Su corazon la virtud  
no esquiva; es que la cabeza  
comprime en él la grandeza  
y seca la juventud.  
Esa infame esclavitud  
de mis brazos no le escuda:  
cuando el mal en bien se muda  
mayor el trueque lo hace...  
¡Y no hay fé cual la que nace  
de las sombras de la duda!...  
Más tranquilo, más sereno  
el lago á estar se dispone  
despues que una piedra pone  
en conmocion todo el cieno.  
Tire la piedra el ajeno  
cariño con falso halago

y huya del daño el estrago...

Yo, sentada en la pendiente,  
veré mi serena frente  
copiar al tranquilo lago.  
Véndale el amigo infiel  
que su deshonra procura,  
y, en su error, ni se figura  
lo que está haciendo por él.  
Muérdale el vulgo cruel,  
agote insultos y apodos;  
calúmnienle de mil modos,  
hagan de la infamia el gasto;  
ódiénle todos: yo basto  
para quererle por todos!

(En este momento vuelve á pasar el grupo de gente del pueblo por debajo de la ventana. Doña Juana va á ella y se asoma.)

Aún dura la animacion  
de la pasada verbena:  
aliméntese en la ajena  
la propia satisfaccion.  
Conténtate, corazon,  
que de tí contento estás;  
no ha de estarlo así jamás  
quien con celos te importuna:  
aquí hay fé y allí fortuna...  
¡veremos quién puede más!

CÁRLOS COELLO.

(Se continuará.)

## BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

### Congreso de Lila.

#### LA ANTROPOFAGIA.

M. Girard de Rialle lee una extensa *Memoria de etnología comparada sobre la antropofagia*.

No cree que la antropofagia sea un hecho de la humanidad primitiva, y estima, por el contrario, conforme con M. Vogt, que es propio de pueblos relativamente cultivados. En cuanto á las causas atribuidas á esta práctica, las estudia y discute todas. El motivo que se cita más generalmente es la necesidad en que se encuentra el hombre de comer un alimento animal, de consumir carne.

M. Girard de Rialle no acepta esta explicacion, y demuestra con ejemplos de los caníbales de la mar del Sur (polinesios y melanesios) que en estos pueblos, la antropofagia no ha nacido de la necesidad, puesto que poseen numerosos objetos de alimentacion; y la introduccion de cerdos domésticos entre los Maoris de la Nueva Zelanda no les ha hecho perder la aficion á la carne humana, aún en el estado social bastante avanzado á que han llegado.

En el exámen que hace de ciertas escenas de antropofagia de Nueva Caledonia, M. Girard de Rialle encuentra como móvil importante y determinante el sentimiento de la rabia y de la venganza, ejercida por el vencedor sobre su enemigo vencido. Despues comen con delicia la carne humana, y, aplacado el sentimiento de la cólera, viene

el sentimiento gastronómico. La carne humana es, segun parece, excelente. Juvenal lo ha dicho:

...Sed qui mordere cadaver

*Sustinuit, nil unquam hac carne libentius edit.*

Los neo-caledonios la encuentran mejor que la de cerdo ó vaca. Ciertos pueblos llevan el canibalismo hasta el mayor refinamiento. Los Fidjianos unas veces hacen cocer los hombres vivos, y otras los dejan que lleguen al estado de putrefaccion. Los caraibos crian los hijos de las mujeres cautivas, los castran, los ceban y los comen despues en las grandes ocasiones.

Ciertos *Scoti* llegados á Galia en tiempos de la juventud de San Jerónimo, y antropófagos por aficion, cuando encontraban rebaños en los bosques se comian los pastores mejor que los animales, y preferian las nalgas de los jóvenes y los pechos de las mujeres. Esto conduce al autor á citar numerosos pasajes de los antiguos escritores clásicos referentes á la antropofagia de los bretones de Irlanda, á los scitas, á los massagetes, á los egipcios; é indica tambien ciertos pasajes de la Biblia que implican la existencia de la antropofagia en los pueblos semíticos de la Palestina y de la Siria.

M. Girard de Rialle enumera con este motivo algunos casos de antropofagia, meramente esporádicos, en la Europa moderna, y que no son, en verdad, sino casos de locura morbosa ó supersticiosa. Una de las superticiones más extendidas en el mundo y que puede ser una de las causas de la antropofagia, es la creencia de que, comiendo un sér, se asimila uno las cualidades del mismo, y comiendo un órgano se aumenta considerablemente la potencia del órgano equivalente. Esto sucede entre los australianos, por ejemplo, y sin embargo, no se les puede considerar como antropófagos propiamente dichos, como tampoco se consideran los chinos que atribuyen propiedades mágicas extraordinarias á ciertas partes del cuerpo humano.

La antropofagia es, pues, como ha dicho M. Vogt «uno de los usos más generales, y por lo tanto necesarios, de todo desarrollo de la civilizacion humana; y las tribus entregadas al canibalismo están, por lo general, más adelantadas en agricultura, artes, legislacion, etc., que las tribus vecinas que rechazan sus horrores.»

M. Girard de Rialle pasa revista á las diferentes partes del mundo, y prueba su manera de ver con una abundancia de hechos irrecusables. Cita la demostracion de M. Schaaffausen acerca de la forma de los dientes del hombre, y de los grandes monos antropomorfos que no son carnívoros. Nada tiene de sorprendente que el hombre, una vez carnívoro, haya sido llevado al canibalismo, no haciendo naturalmente diferencia ninguna entre su enemigo y las bestias feroces que combatia. Tambien la antropofagia fué practicada en las épocas prehistóricas, y particularmente en la edad, ya un poco civilizada, de la piedra labrada. En resúmen, el odio y la glotonería son los principales móviles de la antropofagia; y, segun M. Girard de Rialle, es muy secundario que esta costumbre haya llegado á formar parte integrante de una religion; no habiendo nada mejor que la carne humana, era natural que ésta fuere la ofrenda más preciosa á los dioses.

## BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

M. Bonnange, archivero del Ministerio de Agricultura y Comercio de Francia, ha concebido la idea de publicar un Catálogo universal, y para darla á conocer y procurarse los elementos y colaboraciones convenientes, acaba de dar á luz un folleto con el título de *Proyecto de un Catálogo universal de las producciones intelectuales. Memoria sobre los medios que deben emplearse para redactar rápidamente los catálogos exactos y completos de las riquezas encerradas en las bibliotecas, archivos, museos y colecciones.* Muy largo es este título, pero guarda proporción con el tamaño que ha de tener, si llega á realizarse, el Catálogo universal á que se refiere.

\* \*

Un hallazgo interesante se ha verificado en la Biblioteca de Rio-Janeiro: treinta y siete grabados en madera de Alberto Durero con la fecha de 1514. Es la colección conocida en las artes con el nombre de *Figuras de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, y que no existe completa en ninguna otra Biblioteca. También se ha encontrado en la misma colección la célebre obra de Durero *Adam y Eva*, de 1504.

\* \*

El Instituto Real de Estenografía (taquigrafía) de Sajonia, Academia única en su clase en el mundo, ha empezado á publicar con el título de *Panstenographicon* una extensa colección de los sistemas taquigráficos antiguos y modernos de todos los pueblos del globo, con biografías de los autores é inventores, é historia de los diferentes sistemas. Debe ser una obra colosal porque solamente en España hay seis ó siete sistemas distintos, de los cuales el de Martí, mejorado por Vela y después por Madrazo, es muy superior á casi todos los extranjeros.

\* \*

Una revista bastante antigua que se confecciona é imprime en Madrid para América, tiene la poco envidiable costumbre de recortar los artículos originales ó traducidos que le parecen convenientes de las demás revistas y periódicos, y trasladarlos bonitamente á sus columnas, sin más permiso que la voluntad de su confeccionador, que sin duda encuentra cómodo, y sobre todo muy barato, imitar al grajo de la fábula, sin hacer la menor indicación de la procedencia de los trabajos que reproduce. La REVISTA EUROPEA, víctima, ya repetidas veces, de las genialidades de nuestro colega, le ruega encarecidamente que lea y tenga presente la nota que insertamos en la cubierta al pie del sumario, y que, respetando los derechos que nos reservamos, se sirva pedirnos permiso siempre que quiera reproducir algunos de los trabajos originales que publicamos, y citar nuestra REVISTA cuando reproduzca los traducidos, que puede tomar cuando guste sin permiso. Esto es lo natural, y creemos que así lo reconocerá nuestro colega, cuyo título reservamos, por ahora, por consideración de compañerismo.

\* \*

## Calendario meteorológico.

El comité de los meteoros luminosos de la Asociación británica, presidida por Mr. Glaisher, acaba de publicar nuevas instrucciones, que permiten dar la lista de los días del año próximo, en que la aparición de estrellas errantes ó las caídas de aerolitos ofrecerán bastante interés.

Enero 2, 15, 16, 17, 18 y 19, estrellas errantes en gran número y grandes meteoros.

Febrero 10 y 19, enjambres de estrellas errantes y grandes meteoros.

Marzo 1, 2, 3 y 4, estrellas esporádicas numerosas; 5, 6, 7, 8, 9 y 10, enjambres de estrellas; 18, grandes meteoros y estrellas errantes en gran número.

Abril 2, 6 y 10, enjambres de estrellas errantes; 20, 25, 26, 27, 28, 29 y 30, estrellas esporádicas.

Mayo 1, enjambres de estrellas errantes; 13, caídas numerosas de aerolitos; 18, estrellas esporádicas en gran número; 20, 21, 22, 23, 24 y 31, enjambres de estrellas.

Junio 4, caídas de aerolitos y aparición de grandes meteoros; 6, estrellas esporádicas; 9, grandes meteoros; 12, caídas de aerolitos; 20, estrellas esporádicas; 22, gruesos meteoros.

Julio 5, 12 y 16, grandes meteoros; 17, estrellas esporádicas; 18, grandes meteoros y caídas de aerolitos; 20, diferentes estrellas esporádicas y enjambres en un mismo radiante; 29, numerosas estrellas esporádicas.

Agosto 3, estrellas esporádicas; 4, aparición de grandes meteoros; 7, 10, 11, 12 y 13, grandes meteoros y estrellas esporádicas, y estrellas en el radiante de Perseo. El 10 será una noche célebre.

Setiembre 9, grandes meteoros y caídas de materias meteóricas; 10, estrellas errantes esporádicas; 24, enjambres de estrellas errantes.

Octubre 1, 2, 3, 4, 5 y 6, estrellas esporádicas; 10, grandes meteoros; 14, gruesos meteoros y caídas de materias meteóricas; 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22 y 23, estrellas esporádicas; 24 y 25 grandes meteoros.

Noviembre 1, 2, 3, 4, 5, 12 y 13, aparición de gruesos meteoros; 14, estrellas del radiante del León y estrellas esporádicas; 19, estrellas errantes; 20, enjambres; 28, estrellas errantes; 29, caída de aerolitos; 30, enjambres procedentes del cometa Biela.

Diciembre 2, grandes meteoros; 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14, numerosas estrellas esporádicas; el 8 habrá además grandes meteoros, así como el 9, día en que las estrellas errantes son muy numerosas, sin que ningún radiante les corresponda; caída de aerolitos; 19 y 21, aparición de grandes meteoros; 24, aparición de numerosas estrellas errantes, cuyo radiante no se ha determinado todavía; 27, numerosas caídas de aerolitos.

Se puede decir, por regla general, que las estrellas errantes deben ser observadas regularmente de nueve á diez de la noche en invierno, y de cinco á diez en verano; pero cada vez que se ve un número es preciso prolongar la observación. Debe tenerse en cuenta también la presencia ó ausencia de la luna en las regiones en que los meteoros aparecen.